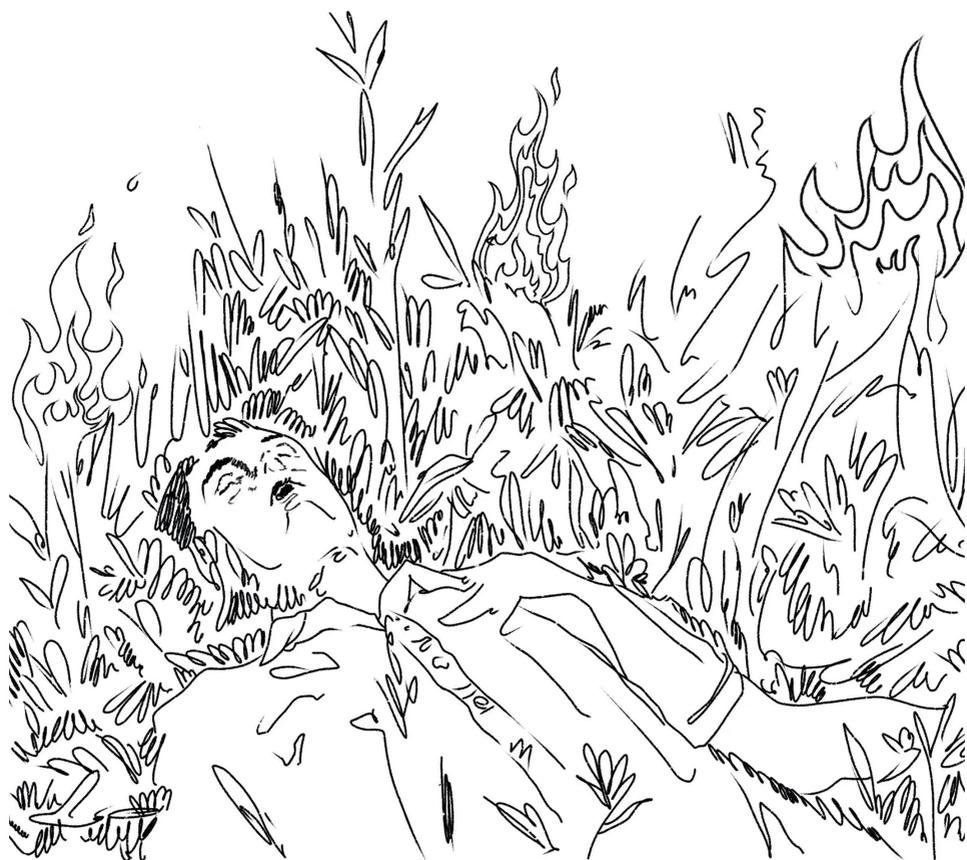


a favor
de las llamas



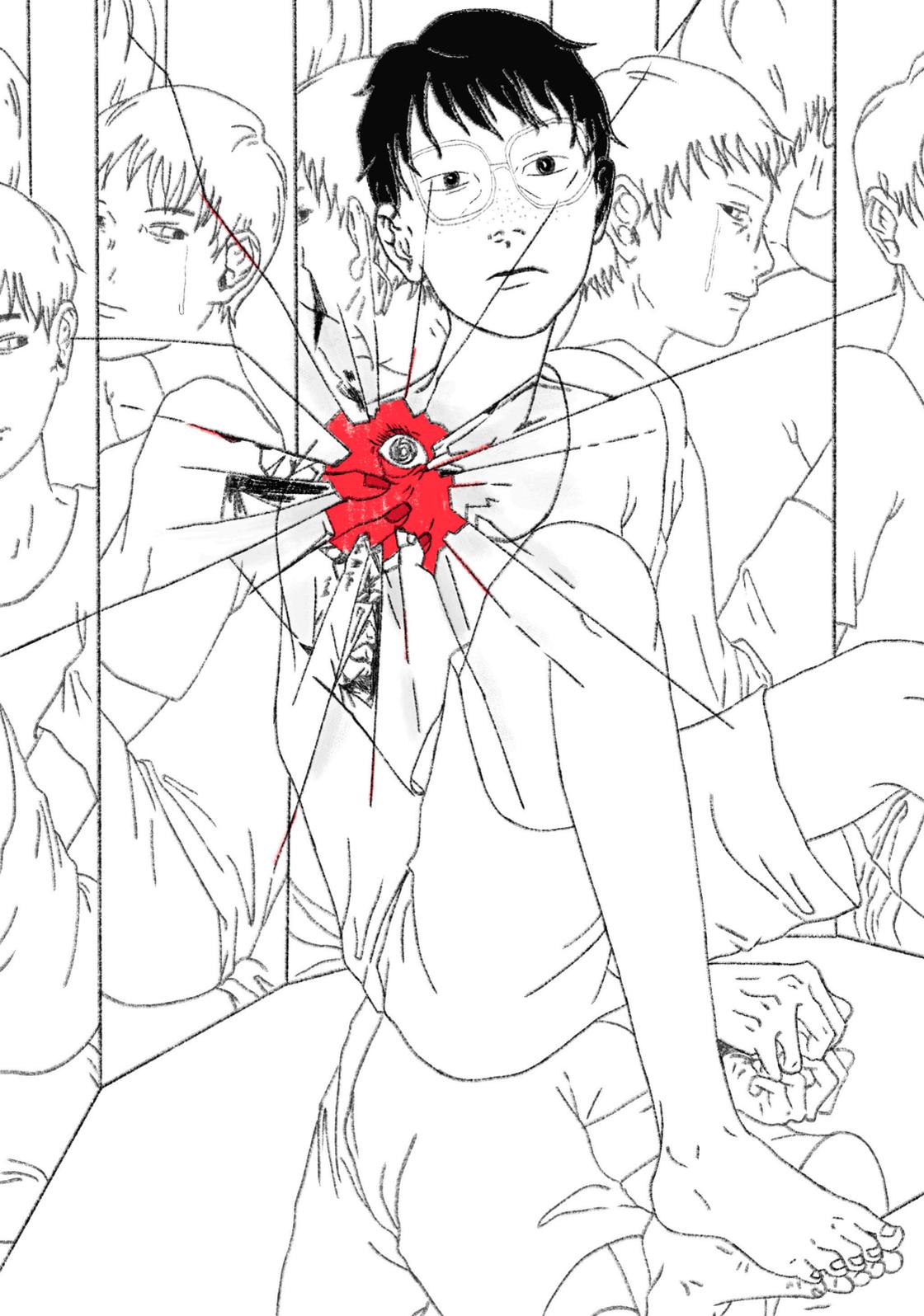
Milán Torres Navarro

a favor
de las llamas



Milán Torres Navarro

crystal



*Las palabras que se encuentran en diferente tipografía son fragmentos extraídos de la Antología Poética de David Ledesma Vásquez, publicada por la Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión. (Quito, Ecuador. 2008)

La eterna canción*

Madre, llevo la sangre hecha voz, con palabras que no me pertenecen, como si fuera una canción que se ha perdido en los anchos caminos del mundo...

Con esas palabras, Duval inició la carta a su madre, una carta que ya sabía su final. La puerta se cerró de golpe y con eso dejó la carta a un lado. No era el momento.

Si sospechaban lo que estaba ocultando, sabía que no existirían palabras más terroríficas que las que se comparten con la realidad. Solo le habían dado unos minutos para vestirse, y el constante ruido de las pisadas bajando las escaleras de las personas que antes se encontraban con él lo apuraba a la sala. No pensó en amarrarse los cordones; lo que primaba en su mente era que su cara triste era peligrosa y algunas personas no se la creían. No podía con la vergüenza y el miedo al mismo tiempo.

Muy asustado, deambuló por un corredor largo que repetía en eco los sollozos de las personas que se encontraban en el piso de abajo. De inmediato, vino el sonido del mar, detrás de los sollozos y el recuerdo de un dios amable, sosegado y tierno, como el marinero de coral y bronce que cautivó su cuerpo años atrás, cuando intentó tomar una indefinida siesta bajo el agua. El ruido del mar se

convirtió en estática a sus oídos y oscureció el corredor, llenando el espacio con silencio intermitente; con el silencio, una lágrima pura cayó para confundirse con las barbas del mar. Entonces, en la oscuridad, llegó el sonido de su nombre al chocar el agua con sus piernas. Era esta una voz aguda que lo llamaba desde las profundidades de la playa gris con riscos grises, el susurro de su nombre se perdía en la costa donde Duval veía sus pies enterrándose en la arena. “Camina”, pensó. “Camina y sal de aquí rápido.” Pronto se vio con las manos en el rostro tratando de esconderse de esa voz, sin querer dejar de escucharla. A pesar de que no quería bajar, no tenía opción. Duval escuchó la ansiedad en el tono de voz de quien lo estaba llamando e irrumpió esa paz oscura pastoreando las olas con sus manos. El recuerdo sencillo y frágil, como cristal fino, se rompió. Se agachó para atar sus cordones, pero los zapatos que llevaba no eran de cordones y otra lágrima cayó, esta vez en la punta del zapato.



Luego de recorrer una y otra vez los cuerpos magullados y rotos que estaban sentados en la sala, Duval se encontró con el momento que había estado evitando. Recibió saludos, abrazos, lágrimas que no quería, pero él solo sentía pavor. El miedo llevó un sabor extraño y metálico a la boca de Duval; las piernas le empezaron a temblar por la culpa que sentía y lo hizo retroceder, pero en la cocina, la madre de Janina, su esposa, lo observaba con odio, así que tendría que quedarse en ese lugar o avanzar al féretro a enfrentar su realidad. Cada paso se le hacía más lento. Tuvo la sensación de que las personas habían acampado en la sala, acomodándose en los sillones, y miraban atentos cada uno de los pasos que daba. Esos pocos momentos que tuvo, entregó su cuerpo a un eterno viaje, que no se detendría hasta que fuera él quien se hundiera al fondo del mar del recuerdo en el que estaba.

Por la espalda de Duval su madre sujetó su mano, con asombro

la vio, quiso preguntarle qué hacía ahí, pero sabía que no obtendría una respuesta. Con un suave impulso, la madre llevó a su hijo frente a la tumba. Duval se resistía, el estupor le dificultaba los movimientos y no quería dejarse llevar por sus sentimientos. Durante los minutos que le tomó llegar, esos cortos pasos cobardes, sintió las amenazas y agresiones que, luego de pasar por él, se refugiaron en los rincones de la casa. Miró a su madre con pena y en su mente le preguntó: ¿recibirías a este nómada con heridas en el cuerpo por las anclas de hierro? Su madre, con una generosidad que nunca le conoció, soltó la mano de su hijo, secó una larga lágrima de su mejilla y lo empujó hacia la tumba.



Frente a él, hermoso, pálido y con los labios pintados, estaba su hijo, el pequeño de cinco años, en su último momento posible, con un traje de marinero que su madre había pedido que le pusieran. Duval no podía creer lo que veían sus ojos cuando se dio cuenta de que su hijo tenía un parecido particular a él cuando rondaba la misma edad. Verse muerto lo puso igual de pálido.

Duval recordó la tonada en piano que había escuchado de una película cómica, aunque era una melodía muy melancólica, muy del tipo de música que escuchaba; era la misma tonada que escuchó de pequeño, antes de que siquiera existiera la película. Ya la había oído en su interior: era el sonido de su corazón al romperse.

Al intentar tocar la mejilla de su hijo pensó en el cielo: era gris a punta de estrellas, ni un pájaro trinando. Una vez más, en el silencio manso del mar que se encontraba a sus pies, con un sonido per-

lado, elevándose entre zarzas y piedras, escuchó su nombre, esta vez reconoció la voz de su hijo. El temblor en su mano le hacía dar ganas de llorar, y le dijo a su hijo, refiriéndose a sí mismo como si fuera él quién estuviera en el féretro: Me dejas a mí, con el eco, pequeño, tierno y triste como un niño con frío una noche sin madre.

Quiso caer de rodillas en el momento en que tocó su mejilla y, como si toda su vitalidad fuera drenada, se sintió invadido por un sentimiento de calma impotente. La sonrisa que surgía desde su interior estaba mancillada de manera peligrosa con histeria. “Cálmate, cálmate”, pensó. De pronto dejó de entender lo que estaba pasando, se giró al público que tenía detrás y, de todas las preguntas que surgieron en el interrogatorio devastador que tomó un segundo formarse en su cabeza, eligió preguntar:

—¿Por qué mi hijo está acostado en esta caja? Ayúdenme a sacarlo —dijo con la voz cortada. Regresó la mirada a su hijo y luego a las personas en la casa. A lo lejos, Janina lo veía con la expresión más dolorosa y triste que tenía; intentó acercarse a su esposo, pero si lo hacía, sería para ayudarle a sacar el cuerpo de su hijo de la tumba. La gente no le regresaba la mirada a Duval, cruzaban palabras entre ellos. Con desesperación, Duval miró a su esposa, ella negó con la cabeza y él no pudo evitar decirle:



—Dile que me regrese a mi pequeño del lugar donde lo tenga escondido —su esposa no entendía de lo que hablaba y eligió refugiarse en los brazos de su madre. La histérica señora Milena le gritó que se callara. Duval regresó la mirada a su hijo y se sentó al lado de un gran decorado de flores. No podía mirar a su hijo sin sentir que había sido un mal padre. Tenía la certeza de que siempre había sido malo cuidando; por más que haya prometido sobre tumbas ser mejor, no lo conseguía.

Lo que quedó de la noche fue una despedida que no cesaba, y la culpa que caía en su espalda hacía que se imaginara en otro lugar, siempre regresando al mar. Cuando dieron las dos de la madrugada, Janina ayudó a levantar a su esposo del suelo. No quedaba nadie más en la casa. Ella estaba devastada, aunque no tanto como su esposo, y no era porque ella fuera más fuerte o que no le hubiera afectado la muerte de su hijo, pero sabía cosas que el resto no. Lejos de las amenazas e intimidación, Janina se sentó al lado de su marido en la pequeña mesa de la cocina, sujetó sus manos entre las de ella y, con la segunda mentira más grande que había dicho hasta ese momento, miró directamente a Duval para decirle:

—Todo va a estar bien. Estaremos bien.

Duval miró a su esposa, besó sus manos y pensó: “¿y si no soy lo suficientemente fuerte como para estar bien? Y si el dolor es demasiado grande, ¿traicionaría el optimismo de Janina?”

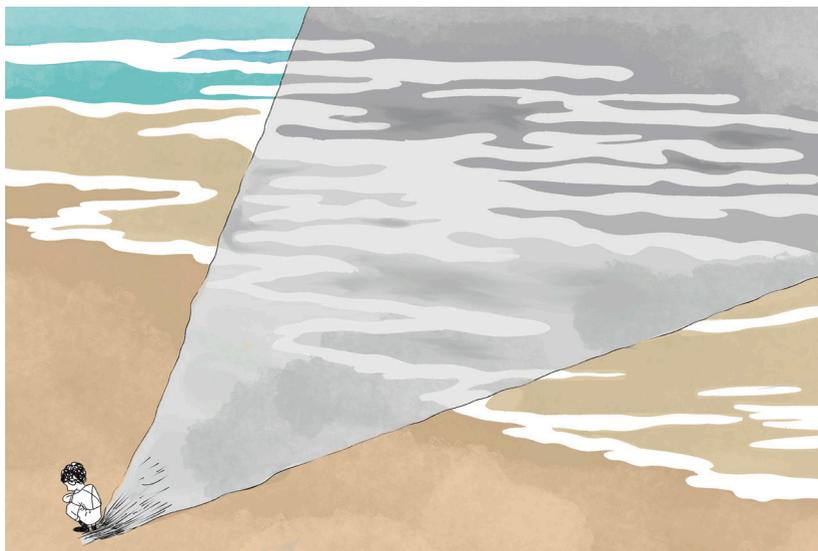
Sin despegar las manos de su boca, dijo: —Si algún día me encuentras en el borde del camino, llévame contigo.

Su esposa le respondió: —Estaré a tu lado siempre.

Mientras besaba la coronilla de su esposo se entregó a su propio recuerdo, en el momento en que su corazón se congeló. De inmediato, ella estaba en la playa, la playa de hacía unos días, sentada

en una silla alquilada bajo un parasol azul. Su hijo de cinco años perseguía una pala de plástico que una ola diminuta se llevaba a rastras. Janina pensó que su hijo agarraría la pala y regresaría, sin contar que el pequeño se distraería con una cañadilla naranja. Ensimismada en cómo decirle a su esposo que, probablemente, ese niño no era de él, ignoró la curiosidad de su hijo y, para cuando regresó la mirada hacia el mar, no lo encontró. Minutos después, luego de los gritos y desesperación, alcanzó a ver una silueta flotando hacia la orilla. A lo lejos, Duval caminaba con dos platos de pescado a la plancha que habían decidido comer de un restaurante alejado, pues se habían asentado lejos de la multitud. Al ver a su esposa gritando el nombre de su hijo soltó los platos y se lanzó al mar, pero este ya había devuelto el cuerpo del niño cerca de los pies de una dolida madre. Duval intentó reanimar a su hijo con respiración boca a boca y presionando su pecho, sin saber que con eso le fracturaría una costilla. Estaba desesperado a los pies de su esposa mientras ella lloraba, melancólica y desolada gritaba:

—Es tu culpa, te dije que yo iría a comprar, es tu culpa —y así pasó la culpa al hombre que intentaba revivir a su hijo, y él se lo creyó.



Nueva canción del caminante

“Déjame llorar”, pensó tan alto que casi se le escapan las palabras de la boca. Duval debía prepararse para lo que se le venía, tenía que hacerlo para no quedarse al margen de la vida. Entonces, en la calma del día, un ave cantó tres hermosas notas parecidas a la tonada del piano. Él y su esposa estaban sentados a la mesa mirándose las caras. Janina buscaba la mirada de Duval, pero él no la reconocía; sus ojos mostraban angustia y la calma silenciosa los hacía sudar por el recuerdo inmenso que causó a cada uno la inflexión entre ellos. La escena era clara, la distancia iba a crecer más y ambos no se extrañarán como creían merecerlo.

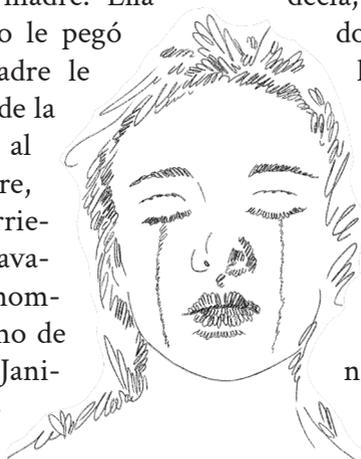
Por su parte, Janina había contemplado los años que llevaba casada con Duval junto a los cuatro años de noviazgo. Esos años juntos fueron suficientes para sucumbir en su propia infelicidad y ser presas de la monotonía. Cuando se conocieron, ambos rondaban los veintiún años y se casaron a los veinticinco.

Janina, al ser la hermana mayor de cuatro, aprendió que su vida se manejaba mejor



con el orden que ella misma se imponía: cronogramas, fechas, horarios, todo se regía al orden de una mente compulsiva. Tomó la decisión de que, a los cinco años de casada, tendría una casa en el norte de la ciudad, tendría un carro e intentaría tener una niña. Lo único que no salió como ella quería fue el sexo del bebé. Para todo lo demás, se sentía realizada con su vida: una casa grande con dos dormitorios externos para arrendar a estudiantes, un carro que se pagaba con el dinero del alquiler, un trabajo que le permitía estar en casa los fines de semana, un esposo fiel y lo suficientemente confiado para que ella pudiera utilizar su apellido de soltera cuando él no se encontraba en casa.

La adolescencia de Janina se vio plagada del maltrato de su padre hacia su madre. Ella decía, con calma irracional, “mi padre sólo le pegó dos veces a mi madre”, porque su madre le había enseñado que en ese momento de la historia estaba bien. Sin embargo, al fallecer su padre, Janina y su madre, la histérica señora Milena, incurrieron en sus palabras y empezaron a avanzar sobre los hombres. Las infidelidades de su padre formaron parte del carácter de Janina desde una temprana edad; no de hombre es- jaría que ningún hombre es- ella siempre estaba En el sexo, ella siempre estaba arriba, por la autoridad que imponía sobre su cuerpo, autoridad que no se vio comprometida por Duval, pues él siempre fue gentil con ella.



Janina recordaba a su padre con una barba retorcida, que se enroscaba con un remolino en la mejilla izquierda, donde tenía un hoyuelo único y lo mostraba cuando le sonría a su hija única en esa época feliz. Le decían “naranjilla”, por su apellido que era Naranjo,

y por el peculiar color de sus ojos, y este mimaba a su pequeña con cada ocasión que tenía. Esos primeros recuerdos de su infancia fueron bellos a su parecer.

Janina contempló esta infancia hasta que su hermana nació; a partir de ese momento, la espaciosa relación familiar fue en decadencia claustrofóbica. Poco a poco, entendió que los comienzos felices no tienen un final del mismo modo. Al nacer su segunda hermana, ya su padre no frecuentaba la casa; en su lugar, disfrutaba sus noches y sus tardes libres dos cuadras más adelante, en la casa cuadrada de la esquina. Repetidas veces, Janina veía por la ventana a su padre pasar frente a la casa y él le devolvía la mirada, pidiéndole que no lo llamara con la expresión del dedo índice en los labios. La primera vez que lo vio, Janina le contó a su madre; fue ese el día que su padre inició el ritual de golpear a su esposa. Desde ese momento fue cómplice de sus engaños.

Cuando la madre de Janina esperaba a su cuarto bebé, el padre la golpeó en el vientre por segunda vez, con una esperanza que no cumplió su cometido. Estas dos veces fueron las que ella presenció, sin saber que hubo otras mientras sus hermanas observaban. Cuando Janina cumplió catorce años, decidió enfrentarse a su padre, pero su miedo no la dejaba hablar cada que lo tenía frente a ella, hasta que un día se lo dijo a la cara cuando él ya había fallecido. Tres días después, Janina cumplió quince años. Su madre quedó viuda con cuatro hijos y se mantuvieron con el dinero que les daba el Estado por la muerte de su esposo.

Atribuyó que la vida era muy irónica con ella sin entender cómo funcionan los complejos en una mente trastornada. Terminó casándose con alguien parecido físicamente a su padre, a excepción del color de los ojos, pues Duval los tenía de color café, hasta el hoyuelo era el mismo y la barba con el remolino del lado izquierdo, pero ella lo obligaba a afeitarse. Las pecas en el rostro de Duval fueron la segunda diferencia que convencía a Janina de que no se

estaba acostando con su padre.



Tatsuo Rivera encontró en Janina una admiración que no todos comprendían, ese afán de ver a las personas hacia abajo para compensar su baja autoestima. Ella figuraba en él una nueva representación de la mujer, en comparación a la imagen que tenía de su madre y de su abuela. Se encontraban dos veces a la semana para ponerse al día en sus labores y discutir de ellos; llevaban en esta dinámica dos de los cuatro años del matrimonio de Janina. Fue este un amor que ardió pronto y

susurraba en medio de un delirio salvaje cuando Duval viajaba. Muchas de las veces, sus encuentros eran en el departamento de Tatsuo, muy pocos en uno de los cuartos que no se había alquilado.

El 4 de marzo fue la última noche que Janina salió con Tatsuo. Cenaron en un restaurante árabe, el techo pseudogótico del comedor resultaba lúgubre, pero encantador, según Janina, que nada en ese lugar le convencía. Luego de elegir los platos que cenarían, Tatsuo inmediatamente extrajo del bolsillo de su blazer gris que vestía en ocasiones especiales una cajita roja y la colocó frente a Janina. Ella se escandalizó, y Tatsuo pudo verlo. De la manera más calmada, él le dijo que no era algo de qué preocuparse, que no le iba a proponer matrimonio. Al abrir la pequeña caja sacó del interior una cadena de oro blanco con un dije en forma circular, dentro del círculo había un zorzal. Luego Janina olvidaría el nombre del pájaro y le daría el nombre de otra especie. Tatsuo le contó que el dije en el collar le perteneció a uno de los clanes más importantes

y tiranos de Japón. Cuando los jefes del clan se suicidaron, dejaron tesoros de sus asedios y entre esos se encontraba una tiara con incrustaciones de pequeños zorzales. El dije formaba parte de una de las puntas del tesoro. La sonrisa que se asomaba de la boca de Janina no coincidía con la emoción con la que Tatsuo le contaba la historia, él llegó a pensar que quizás ella no entendía todo lo que le estaba diciendo, pero Janina sólo quería que terminara de hablar. Tatsuo se levantó y se puso detrás de Janina para ponerle la cadena, se acercó al cuello y lo besó. Desde esa perspectiva, los senos de Janina se veían por sobre el nivel de la mesa, estos contrastaban con el rostro infantil, lo cual excitaba demasiado a Tatsuo. Él estaba maravillado.

—No te pediré matrimonio. En mi familia se practica la relación libre, la confianza en la compañía.

Al escuchar estas palabras, algo dentro de Janina se retorció, pero no se inmutó por la palabra “confianza”.

—Me alegro —respondió de una manera vaga, con una entonación típicamente nerviosa.

Tatsuo tomó la mano de Janina y ella reaccionó teatralmente como si se sintiera inquieta, luego sonrió para que su acompañante sintiera que estaba a gusto. No era que le molestara, sino que sentía que la relación que tenía con Tatsuo solo funcionaba porque eran dos días a la semana los que los ataban a esa interacción de dos años que tenían, sin artefactos que demostraran el cariño del otro de manera tangible. Janina dejaba su anillo de bodas en casa y, en ese momento, llevaba un collar que la iba a atar a otro hombre. Se sentía comprometida por algo en la mirada de Tatsuo que le quitó el aliento: él la amaba.

Después de la cena, se dirigieron al departamento de Tatsuo, don-

de hicieron el amor como le gustaba a Janina, con la pasión que no obtenía por parte de Duval. Por primera vez en la noche, pensó en su esposo y en lo que estaba haciendo, pero las caricias de Tatsuo la distrajeron. Tatsuo pensó en decirle que la amaba, pero él ya tenía otro momento para decírselo en las circunstancias correctas. Con Janina sobre él podía ver como la cadena que colgaba del cuello formaba un péndulo hipnotizante en conjunto con sus dos senos. Antes de terminar dentro, se convenció de que ella era la indicada.



Tatsuo insistió en que pasara la noche con él, pero Janina tenía que volver porque Duval regresaba temprano en la mañana del 5. No pudo decirle que no a los ojos que la veían con amor. La mañana siguiente fue fría, como pocas en esos meses del año, Janina no había dormido por la espera a que amaneciera y, con el primer atisbo, empezó a vestirse para salir hacia su casa. Antes de escabullirse, Tatsuo despertó e insistió una vez más que se quedara, ella se negó y él la dejó ir, con la condición de que se llevara un abrigo de él para que la protegiera del frío.

Janina entró a su casa y tomó una ducha de inmediato. Había calculado el tiempo: el avión aterrizaba a las 6 a.m. y le tomaría cuarenta y cinco minutos aproximadamente a Duval llegar en taxi. Para las siete de la mañana, ella ya estaría lista esperando a su esposo con el anillo en su dedo y el collar en su cuello. Era muy bello para ocultarlo.

Tatsuo se dio cuenta de que a Janina se le habían quedado los pendientes que llevaba en la noche: se los sacó para que no se estropea-

ran. Decidió visitarla aprovechando la excusa. Tomó una taza de café para despertarse bien, se puso los zapatos para correr y tomó la ruta más corta. Era lejos, pero evitando las avenidas y las cuadras largas llegaría en media hora. En alguna de sus citas ambos dieron por sentado que no creían ni en el destino ni en las coincidencias, pero ambos, al mismo tiempo, atribuyeron ese momento a cualquiera de los dos.

Cuando giró la esquina de la cuadra donde estaba la casa de Janina, Duval bajaba del taxi para ser recibido por su amada esposa. Ella lo abrazó con más cariño que a su amante la noche anterior. Tatsuo se detuvo en seco y se quedó viendo cómo la persona que amaba, la que pensó conocer, estaba en los brazos de otro hombre. Janina lo reconoció, no obstante, simuló no conocerlo. Mientras Duval ba-



jababa las maletas del taxi, Tatsuo se acercaba a paso lento, su corazón latía más de lo común y las encías le ardían. Janina empezó a entrar en pánico, no sabía si ayudar a su esposo para entrar rápido a casa o explicarle una situación a su amante.

De pronto, como si se hubiera acordado de quién era recobró una falsa dignidad y, con mirada amenazante y entre lágrimas, le dio a entender a Tatsuo que no debía acercarse.

La admiración que sentía Tatsuo por ella se volvió en su contra: ella lo estaba mirando hacia abajo, a él, como si fuera algo insignificante. Él lloró, esa pequeña vida que había fungido en su mente horas atrás se le estaba acabando, pero era su honor

el que estaba más roto que su corazón. Siguió su camino sin ver cómo Janina entraba a esa casa.

En cambio, ella veía en los ojos de su esposo algo más fuerte que el amor: la devoción. Eso no la dejó ver cómo Tatsuo se alejaba. Este, al doblar la esquina del otro extremo, se quedó en cuclillas llorando, el pecho le dolía; aún sostenía los pendientes en su mano derecha dentro de la sudadera que llevaba. Durante diez minutos, las personas que pasaban cerca de él lo miraban, pero nadie se le acercaba. Un joven de veintiocho años no debería estar llorando así en la calle, le dijo una señora que pasó del otro lado de la calle. Con esas palabras regresó su camino y tiró uno de los pendientes cerca de la puerta para que Janina o su esposo lo recogieran. Él conservaría uno como muestra de su amor.

Regresando a la escena clara donde la distancia iba a crecer más y ambos no se extrañarán como creían merecerlo, Janina le dijo a Duval cuando terminó de recordar a Tatsuo: —Te engañé.

Pero Duval estaba tan inmerso en su propio recuerdo que no pudo escucharla.

Aritmética

El funeral de Mateo fue corto en sus dos días. Nadie quiere nunca entrar a un crematorio. Dentro del cuarto, Duval se encontró solo entre las doce personas que habían asistido, aunque pronto se llenó de amigos de Janina. Como su esposa no se encontraba, se marcharon. Cuando le entregaron a su hijo en cenizas, Duval no lloró. Se convenció de que eso de ahí no era su hijo y, al llegar a casa con el



frasco, lo dejó en la mesa del comedor y subió a tirarse en la cama donde su esposa estaba medio dormida por las pastillas. No la juzgó por no ser la madre que no recibió las cenizas de su hijo, pues fue ella quien decidió tener los restos en la casa.

Abrazó a su esposa por la espalda, tenía la intención de dormirse de esa manera, pero Janina no quería lo mismo. Duval estaba acostado al lado de la soledad que, la mayoría de las veces,

terminaba desnudándolo y cogiendo con él. Janina se ubicó sobre su esposo e hizo lo que quería hacer mientras lloraba. Duval veía como la cadena con el dije de una alondra se mecía con el constante movimiento. La primera vez que le vio la cadena le dijo que estaba linda; nunca dudó del buen gusto de su esposa y pensó que ella había invertido en eso como un tesoro, nunca se la sacaba. Ninguno de los dos disfrutó realmente. Luego de secarse el sudor y las lágrimas de su esposa, Duval fue al baño a tomar una ducha, dejándola en la cama para terminar de dormirse.

Duval decidió continuar con la carta que había empezado el día anterior. Aún desnudo, sacó el cuaderno del escritorio y continuó:

Esa pálida infancia mía, triste, adormecida, como una alondra esclava que no pudo cantar; esa pálida infancia está durmiendo junto a la soledad que siempre me desnuda. Detrás de mi sombra frágil estás tú madre, con tu sonrisa limpia, madre fina, con tu canturreo sin forma ni palabras, ya no me dedicas los te amo que le dedicaste a mi hermano, a mi padre. Siento tu culpa brotando como una espiga débil que nunca germinó. No me amaste, no me amas y no serás capaz de hacerlo; yo seguiré sujetando fuerte tus cometas locas que se fueron un día detrás de un imposible.

Al sentir la mirada de su esposa se volteó hacia la cama, ella lo observaba queriendo preguntarle por lo que escribía, pero ambos se ignoraban. Ella salió del cuarto desnuda hacia la sala. Duval se recostó en la silla y, con tono burlesco por sus errores y los males de su vida. Pensó en sus compañeros que le decían tonto por no aprender; su padre le gritaba a diario que estudiara la aritmética, si no, no le daría permiso para ir al fútbol, al carrusel o al cine. Pensó en su madre y en cómo



entristecida le rogaba que aprendiera la aritmética. Duval tenía la percepción de que su madre lo sentenciaba cuando le decía que si no aprendía a restar y dividir no tendría futuro, ni dinero, ni casa, ni amigos, ni coche.

El año que Duval y su madre se mudaron, la ciudad era cuna del patriotismo y el izquierdismo estaba en la cima del pensamiento político. Había un gran sentido de orgullo nacional y el conservadurismo se vestía de religión; los niños eran obligados a formar parte de los movimientos misioneros sin importar si eran de familias católicas protestantes, salesianas o cristianas. En estos grupos misioneros aprendían más que canciones religiosas: practicaban oraciones para defender la ideología del conservadurismo. Después de todo, en ese tiempo el liberalismo había llegado al país como una enfermedad, según las palabras de los sacerdotes. Duval aprendió de memoria que ser homosexual era un mal; los únicos temas de conversación trataban del pavor a los homosexuales y a las personas adultas que no estaban casadas. Los niños del grupo se maravillaban con las historias de los valientes antediluvianos y los hacían ver como los modelos a seguir, se llenaban de valentía que terminarían perdiendo al pasar de los años. La valentía en los niños es algo irracional, pero para Duval fue catastrófica.

El motivo de la nueva religiosidad en el subconsciente de Duval era para expiar la culpa que la valentía le había arrebatado; él era más intrépido que obediente o tranquilo, en comparación a su hermano un año menor; sin embargo, le secundaba todas las excursiones. En cada oportunidad que tenían, recorrían un pequeño sendero detrás de la casa de los abuelos, donde Duval y su hermano crecieron en sus primeros años. Era verano, la maleza tenía el tamaño de un niño de once años y los árboles prestaban al sendero una espesura que indignaba al ojo más buscador. La curiosidad por el terreno anunció el deseo de excursión en Duval. Su hermano, por resignación, lo siguió. Marlon, con solo diez años, tenía la estatura

de su hermano, la contextura delataba que en el futuro sería más corpulento y más alto que Duval. Siempre caminaba agarrado de la mano de Duval, una parte por miedo y otra parte para protegerlo.

El camino frente a ellos se perdía por la hierba alta, cubriendo por completo el cuerpo de los niños. “Con las lluvias de estación, la maleza crecía para comerse a los animales pequeños”, les decía su padre para alejarlos de la ladera. Mientras caminaban, Duval estaba asustado, sin embargo, no quería demostrarlo; después de todo, por él se habían metido en ese lugar a pesar de las advertencias de su madre, sus únicas opciones eran salir a escondidas o quedarse estudiando las aritméticas. Lo poco que se veía del cielo sostenía a los niños en el claro escenario del lugar donde estaban, pero no les mostró el barranco al que se acercaban por no caminar en círculos. Marlon le contó a su hermano que había una niña en su curso que le gustaba. Se llamaba Cindy, y esa era la primera vez que veía a una niña con el cabello amarillo. Cuando le contó que a Cindy se le cayó un diente en el colegio hizo la mímica como si se le cayera un diente; se le había caído mientras jugaba a los quemados con los otros niños que, a partir de ese momento, le empezaron a decir “Cindy sin dientes”. Duval se rio, y Marlon le pidió, molesto, que dejara de hacerlo porque esa niña le gustaba. Le contó que tenían una canción que le molestaba, y como esa canción hacía llorar a Cindy, él se ponía frente a ella para recibir las burlas. Duval le rogó que le cantara la canción mientras seguían caminando en línea recta. Marlon se negó al principio, pero podía ver el miedo en la cara de su hermano y, para disipar el miedo en ambos, se puso a cantar: “Cindy sin dientes, lávate los dientes con agua caliente...” Duval empezó a reírse con fuerza y Marlon le soltó la mano para empujarlo. Duval cayó de espaldas a unos pasos del barranco, pero no se dio cuenta por estar riéndose. Marlon siguió caminando. Cuando Duval intentó poner la mano en su hombro, se dio cuenta de que no estaba. Al dar el siguiente paso, sintió la nada bajo su pie y escuchó una extraña sonada de piano a lo lejos. Le tomó

treinta y siete segundos a Marlon estrellarse contra el suelo, tiempo suficiente para que Duval advirtiera la caída. En ese momento, experimentó una emoción como la de un animal y gritó como un león. Sus padres, quienes ya los estaban buscando, escucharon a Duval y llegaron para encontrarlo llorando y gritando. Su padre lo alejó del risco de un tirón; al mirar abajo vio el cuerpo de Marlon en el suelo.

No hubo ramas ni árboles que amortiguaran la caída. Bajaron por un camino improvisado que el abuelo había hecho, Duval seguía gritando que su padre intentaba colocar Marlon en la postura correcta caso, él lo sabía, las piernas este rotas. Marlon tosió dos veces mirando a su hermano y murió.



mientras
el brazo de
pero no tenía
taban completamente

Al cabo de unos minutos, llegó su madre por el mismo camino. Casi se desmaya de la impresión, pero se sostuvo de Duval mientras él gritaba histérico. Su padre le dio un puñete en el centro del rostro, lo suficientemente fuerte para partirle la nariz y un labio, y mandarlo de espaldas hacia el suelo. Duval calmó su llanto de inmediato, su madre lo ayudó a levantarse, lo abrazó mientras su padre se alejaba con el cuerpo de Marlon. Duval pensó que hubiera sido mejor quedarse estudiando las malditas aritméticas.

Sus padres no tardaron en buscar culpables entre ellos. Duval sabía que él era el único culpable: él sacó a su hermano de la casa y lo molestó, tenía la impresión de que él lo había empujado cuando quiso ponerle la mano en el hombro. La palabra accidente no existió en la conciencia de Duval sino hasta dos años después y gracias a la terapia.

A veces, Duval se encontraba hablando con su hermano, a través del espejo, del secreto que le había compartido, el de la niña que le gustaba. Él se guardó su secreto, aunque se lo iba a contar antes de que su hermano se cayera. Marlon se había convertido en la compañía que le convenía a Duval, por lo menos primeros años para superar su pérdida. Sentía que su hermano estaba muy vivo en el presente mientras que sus padres seguían en el pasado. En esa época, Duval ignoraba la fuerza de la muerte; él quería ver el mundo a su alrededor, quería cambiar y moldear el futuro que su madre le había planteado a partir de amenazas. Pero fue imposible; dos años después de la muerte de Marlon, su padre los dejó y fue Marlon quien se lo llevó de la mano.

Isla de infancia

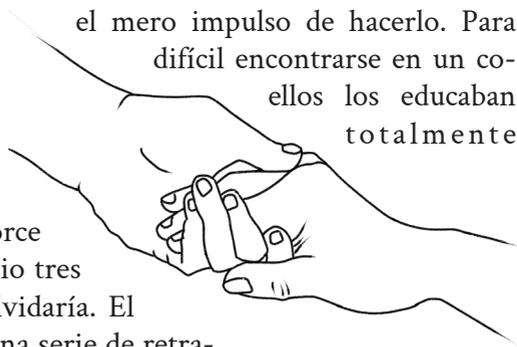
Dentro de infancia misionera, estaba claro que Duval no pertenecía a ese lugar. Eran pocas las personas que lo hacían, pero los catequistas le decían que él había nacido con los dones del trabajo social, la sensatez y la indignación germinada por la injusticia. Sin embargo, detrás de aquello que Duval mostraba con sus acciones, estaba el sentimiento de compasión que le provocaba el sufrimiento; pronto terminaría alejándose de ese mundo, pero teniendo que regresar por obligación.

Cuando Duval dejó a su hermano marcharse con su padre, empezó a cuestionar muchas cosas. El niño optimista se había perdido entre tanta palabra santa que escuchaba los martes, jueves y domingos, cuando le tocaba cantar en las misas nocturnas. Su nueva casa quedaba a dos cuadras del colegio salesiano donde su madre lo había inscrito porque una amiga de ella lo recomendó para que les diera un descuento del cincuenta por ciento en las colegiaturas a cada una.

Él no era bueno haciendo amigos; además, todos en el colegio sabían lo de su hermano y que sus padres estaban en proceso de divorcio. Durante los recesos se sentaba cerca de la iglesia del colegio, era un lugar calmado, con árboles finos de grosellas y gusanos amarillos que pendían de las ramas con un hilo delgado. No le atraían los deportes y ventajosamente desarrolló alergia crónica al

polvo. Las canchas, que en su mayoría eran de fútbol, eran canchas de tierra. Lo que más extrañaba de su otro colegio era jugar con su hermano, no necesitaba de nadie más.

Un año después, Duval conoció a su primer amigo, un chico de ojos grandes con un lunar bajo el ojo izquierdo. Como sus padres se lo habían llevado de viaje a otro país por temas de trabajo, él había perdido un año. Entre Duval y él crecía una extraña amistad que se afianzaba cada vez más. Para Duval, su amigo representaba el balance perfecto entre las cosas que no entendía de su cuerpo y lo equivocado que se sentía por pensar cosas que la iglesia dictaminaba que era incorrecto, como sujetar la mano de alguien a quien quisieras por el mero impulso de hacerlo. Para chicos como Duval era difícil encontrarse en un colegio solo de varones: a ellos los educaban de una manera católica totalmente distinta.



En el cumpleaños catorce de Duval, su amigo le dio tres regalos que al crecer olvidaría. El primero, se trataba de una serie de retratos de él y Duval. El segundo regalo era la noticia de que se quedaría en su casa por dos meses ya que sus padres tenían un viaje y le pidieron de favor a la madre de Duval que se hiciera cargo. Ella lo hizo encantada, a cambio del favor de que le pagaran dos meses de colegiatura a Duval; por supuesto, él no se enteraría de esto sino hasta años después. El tercer regalo se lo dio antes de dormir. Su amigo estaba acostado de lado, observando a Duval mientras ambos jugaban con los dedos a querer entrelazarlos. Duval apenas podía ver de reojo al chico de cabello oscuro; ambos estaban nerviosos, pero la determinación hizo que Duval se girara y se miraron frente a frente. Ambos rieron y, para romper la tensión, su amigo empezó a cantar una canción que sonó en su cabeza la primera vez que vio a Duval:

Nuje pe' vulerce bbene simmo nate,
Facimmole cuntente chisti core!
Turnammo 'n'ata vota a chill'ammore
Ca, pe' destino, nun ce vò lassà.

Tiempe belle 'e 'na vota,
Tiempe belle, addò state?
Vuje nce avite lassate,
Ma pecché nun turnate?
Tiempe belle 'e 'na vota,
Tiempe belle, addò state?
Vuje nce avite lassate,
Pecché nun turnate?

Duval sonrió y le preguntó qué significaba lo que había cantado.
Su amigo le contestó:

—No sé cómo decirlo

Y lo besó.

—Eso significa.

En los dos meses de vacaciones que se quedaron juntos, Duval le contó lo que había en su pasado: lo del accidente de su hermano, lo del puñete de su padre, cuando su madre lo obligó a ver le cuerpo de Marlon y a pedirle disculpas, le contó también de la tonada en

piano que empezó a escuchar. Le enseñó las marcas en la espalda que le quedaron cuando le golpeaban por no estudiar a raíz del accidente. Pero le dijo que su madre había cambiado, ya no lo golpeaba como antes, era más comprensiva y amable. Su amigo le sonreía constantemente y eso a Duval le encantaba.

Cuando se preguntaban sobre lo que estaban sintiendo, ninguno lo catalogaba. Jugaban a diario, dentro de casa y, cuando la madre de Duval trabajaba, ellos se besaban ocasionalmente o se sostenían las manos con miedo. Mientras más avanzaban los sucesos entre ellos, a Duval no se le iba la sensación de que estaba equivocado. Era imposible categorizarlo como bueno o malo; sin embargo, cuando se miraban y sonreían se preguntaba: “¿cómo puede estar mal sentir esto por alguien?”

Entre los dibujos de su amigo y los libros que leía Duval, los dos meses pasaron como unos cuantos segundos que se alargaron muy despacio. Un repentino movimiento desde dentro del pecho de Duval provocó una ráfaga de emociones cuando los padres de su amigo llegaron a verlo. Ambos escucharon las voces de los recién llegados y dejaron de hacer lo que hacían para abrazarse. La ráfaga aumentó a medida que los pasos se acercaban al cuarto. Luego de un beso rápido, ambos exhalaban la pequeña pasión del momento. Al despedirse, solo se dieron un abrazo y un “gracias”. Duval quería llorar y su amigo le dijo que lo vería el lunes en el colegio. Era viernes. Ese lunes, Duval llegó temprano como lo habían hablado, pero su amigo no apareció.

Duval decidió terminar la primera parte de su carta, dejó de reclinarse y, luego de asegurarse de que su esposa no se encontraba en el cuarto, continuó:

Más arriba del alma y cerca del silencio habitan los recuerdos que me llevaron a ser como soy, madre. Allá queda mi noviazgo de quince años, los que recuerdo y recordaré y los años

que no puedo descifrar. Allá quedan los libros de la escuela, mi padre con su enclenque sonrisa y está el toque temprano de la muerte a mi hermano. Naufrago en esta pequeña y dulce isla donde vive una parte de mí sin mapas ni argonautas. Esperaré.

c/ub >



Lugar de angustia

Duval se despertó bañado en sudor. Durante unos minutos, no sabía dónde se encontraba, vio de nuevo su cuaderno frente a él y no recordaba haber escrito lo que tenía en su puño y letra:

Vengo desde lo oscuro de la carne, como un grito me revelo ante ti; no tengo palabras que ofrecerte ni las disculpas que tanto deseas. Soy, desde lo más limpio de la sangre esa gota que se deslía de lo que tu credo profetiza, ese grito que flota en la niebla, uno ronco y solitario. Aprendimos a ignorarnos porque de eso se trataba nuestra supervivencia y tus gritos de mujer y los míos queriendo ser comunes, de cualquier hombre porque no quería quedarme en la inmensa soledad del Mundo.

Duval se echó atrás con las piernas rígidas, estiró los brazos y sacudió la cabeza para que los recuerdos se acomodaran donde tenían que estar, en un lugar lejano a su memoria. Cuando se le levantó, fuera de la silla y de sus pensamientos, se dio cuenta de que Janina aún no subía. Se vistió y bajó las escaleras para encontrar a su esposa abrazando el recipiente donde estaba su hijo. Janina se acercó a su esposo y lo abrazó para decirle que lo amaba; sin embargo, Duval no lo sentía; ella lo decía para convencerse. Con la muerte de su hijo ya no tendría que contarle la verdad porque esa verdad ya no existía. Janina se lo diría meses después, pero para ese momento solo quería enterrar ese recuerdo junto a la cadena que le

obsequió Tatsuo dentro de las cenizas. De vez en cuando fumaba dentro de la casa para depositar las cenizas del cigarrillo en la urna. Duval no le respondió, le devolvió el abrazo y le preguntó si quería comer algo. Janina, un poco perpleja por el cambio de ánimo de Duval, se dejó convencer por ese ápice de apetito y entusiasmo; sin embargo, la intensidad de su triste mirada no inmutó a Janina. Ya había enterrado ese dolor. Ubicó las cenizas de su hijo en una de las repisas de la sala donde todos los días pondrían una flor del helecho que tenían fuera de la casa. Duval le enseñó a su hijo a tomar el néctar de esas flores por lo dulce de su sabor. Se convirtió en un hábito entre los dos.

Duval esperó a su esposa mientras ella se alistaba para salir a comer juntos. Tenía una gran cantidad de recuerdos que no hacían más que agolparse uno tras otro en los muebles grises, en las huellas de mugre, en los filos de las paredes por el roce de los dedos, en el juguete de caballo que tenía partida la cola, en el rayón de crayola en la madera del taburete blanco y las cenizas. Se acercó a la urna y por un momento pensó en esparcirlas por toda la sala, en un ataque de arrebato, pero Janina le interrumpió el pensamiento. Lo dejaría para otra ocasión.

El lugar al que fueron era el favorito de Janina, aunque Duval no se declaraba fanático de la comida árabe. Aquel lugar con el techo pseudogótico que le parecía lúgubre, pero encantador a Janina. Mientras comían, Duval se distrajo haciéndole preguntas, ella le respondía brevemente cuando se trataban del lugar donde estaban comiendo. ¿Por qué las paredes tienen que estar forradas con terciopelo



rojo y por qué las mesas tenían una lámpara de aceite que contaminaba el aroma de la comida? Janina se limitaba a contestar:

—Porque así lo querían, a mí me gusta.

Pero cuando Duval le preguntó sobre lo que harían con las cenizas de su hijo, ella regresó en sí, sostuvo el cuchillo con fuerza, su mano temblaba, Duval se disculpó y ella siguió comiendo, haciendo caso omiso a la incomodidad del momento; Duval estaba llamando a la catástrofe y eso a Janina la impacientaba, se le notaba. Duval se puso de pie y se dirigió al baño sin decir palabra alguna. Él no recordaba en qué momento de su vida se le hizo costumbre que, en cada ocasión que tuviera ganas de llorar, se encerraría en cualquier habitación o espacio privado y buscaría papel higiénico o servilletas para tragárselo y así distraer su mente. Luego de tragar el papel, Duval se vio en el espejo para asegurarse de que no tenía los ojos rojos.

Justo después de las siete de la noche, Duval y Janina salían del restaurante, cuando una conocida de Janina se acercó a ellos para darles el pésame. Duval miraba con cierto desprecio a la señora, pero la escuchaba con atención. Ella le decía a Janina la importancia de creer en ellos como uno solo, una unión y en las oportunidades que se dan para curarse las parejas, la importancia de descansar. Le sugirió que leyera Génesis 1 en la biblia. Antes de despedirse la abrazó y a ambos les dijo:

—Recuerden que al séptimo día dios descansó.

Janina torció los ojos apenas la señora se dio la vuelta, sujetó la mano de Duval quien pensaba en lo último que les había dicho la señora y caminó detrás de su esposa.

En los siguientes días y semanas hubo más silencio y sexo entre ellos que en años anteriores. Cada vez que terminaban de hacerlo, Janina bajaba a la sala para fumar un par de cigarros y agregar más cenizas en los restos de su hijo, mientras Duval tomaba una



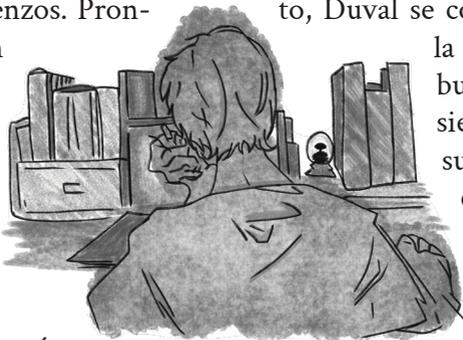
ducha para sentarse luego frente al escritorio a escribir fragmentos de cosas que utilizaría en la carta que estaba escribiendo o en los guiones para el programa de radio en el que trabaja.

Dos veces al día, en la mañana y en la tarde al llegar del trabajo, antes de que Janina llegara a la casa, Duval se masturbaba para aminorar las ganas en la noche. Así, cuando Janina quería tener relaciones, él no sería capaz de venirse una vez que ella fingía terminar. Algunas mañanas, Janina hacía lo mismo

cuando Duval se iba a trabajar; a veces utilizaba su escalímetro envuelto en una toalla y cubierto de un condón o en su mayoría de veces utilizaba sus dedos. Sin embargo, en ella ya frecuentaba la idea de tener otra relación como la que tuvo con Tatsuo hacía cinco años. Cuando Tatsuo se enteró del secreto de Janina se fue a ejercer a otra ciudad, pero de vez en cuando viajaba solo para pasar frente a su casa, esperando que ella saliera para así poder verla, sin embargo, no coincidían.

En aquellos días, antes de dormir, Duval recordaba las palabras de la conocida de Janina: “al séptimo día Dios descansó”. Era la repetición del número siete lo que creaba un paradigma cognitivo en él. Sabía que el número tenía su propia importancia, el resto de las teorías locas en su mente salían a partir de esas palabras. Tenía siete libros rojos en su librero, siete cuchillos en la cocina, siete portaminas, estaba convencido que se trataba de coincidencias, pero la reiteración del número le incomodaba. Una tarde, en el trabajo, consultó la numerología espiritual de un libro que una compañera del trabajo le prestó, la autora del libro decía que este

número representaba la espiritualidad y que estaba anclado a los nuevos comienzos. Pronto, Duval se convirtió en un experto en la numerología y se vio dibujando varios números escritos de siete en todos los guiones, en su trabajo, en las anotaciones, en el escritorio de su oficina y aquello le angustiaba porque sabía que este número quería decirle algo. Dentro de él, algo lo atormentaba y le molestaba que ese sentir hubiera explotado con una connotación religiosa. Detestaba querer recordar porque cada vez que quería hacerlo él mismo se advertía que él era un personaje secundario, diminuto y tonto, cuyo mundo se quebraría si recordaba, sentiría que su columna no lo mantendría en pie y que sería levantado por manos que no eran de él. Duval tenía la certeza propia de que en esos recuerdos de dios habían muerto de frío y de soledad. Tenía miedo ya que sentía que nada era fijo, en ese mundo de los recuerdos no había luz porque se escapaba, sabía que si empezaba a recordar tendría más clara la idea de una espalda deseosa de ser tocada por algún amigo cuyo nombre no tenía presente aún. Tenía miedo de tocar esa puerta nuevamente.



Con esa idea en la cabeza, Duval se apresuró a su casa, la reunión para discutir los guiones del próximo show le había quitado mucho tiempo. Cuando llegó, subió inmediatamente a su cuarto, y lo primero que vio fue a su esposa masturbándose. Se la quedó mirando los segundos que a Janina le tomó rehacer sus movimientos, tras ignorarla se acercó a su escritorio para sacar su cuaderno del maletín y escribir:

*Es tiempo de llorar la soledad, **madre**. La luz ausente me aterra y quisiera a toda voz pedir perdón, **pero no tengo a quién**.*

El deshabitado

Mientras Duval se alejaba más de su veleidoso matrimonio, Janina se sentía con la misma calma que tuvo al inicio de la relación, ella veía en Duval esa confianza que necesitaba para tener más vida fuera del matrimonio; con la llegada de su hijo, se concentró en esa estabilidad que le duró cinco años.

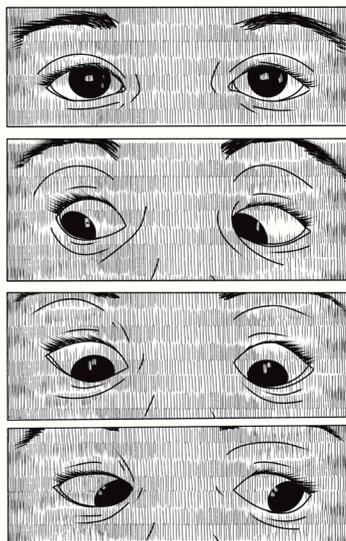
Janina presenció escenas como esta una y otra vez en su imaginación: tener que enfrentar a su esposo, contarle las verdades que ella negaba, decirle que quería salir con otros hombres, pero no quería separarse de él. Esas eran las escenas que no la dejaban dormir, esa clase de sueños iban y venían. Para levantarse de la cama, Janina tenía su ritual que constaba en recordar, llorar, culparse y convencerse de que no había hecho nada malo, tomaba una ducha y esperaba a que Duval se marchara para masturbarse; sin embargo, durante los fines de semana, esta rutina se veía complicada por la presencia de su esposo y se obligaba a convivir. No es que no le gustara pasar tiempo con él, sino que sentía que a su vida le faltaba más, y eso no se lo podía dar Duval.

Duval estaba en una zona de confort que le había costado conseguir, con la sensación que tenía de haber estado en ese lugar con anterioridad, pero algo siempre lo sacaba a la fuerza sin saber qué lo provocaba. Él se aferraba a eso, dormía más de lo debido en comparación a Janina, casi no comía, se dedicaba más a escribir los

guiones de su trabajo o la carta a su madre. Las pocas palabras que le dedicaba a su esposa eran para saludarla en las mañanas, decirle ocasionalmente que se veía hermosa y en las noches para despedirse, salvo las noches que tenían sexo por disposición de Janina. Duval prefería masturbarse solo.

Para ese punto, tanto Janina como Duval habían llegado a un impase: ninguno recordaría a su hijo, no se mirarían y no pasarían juntos más tiempo del necesario. Janina anhelaba el bullicio de la actividad, el deseo del miedo, de tener el control, sentirse viva. Duval quería encontrar respuestas a preguntas que no se había hecho aún porque no sabía cómo formular las correctas. Janina agarraba los planos de las casas que tenía que revisar y se refugiaba en uno de los cuartos arrendatarios que estuviera desocupado y Duval se quedaba frente a su escritorio.

Era 7 de julio cuando él se hizo la pregunta correcta, anotó en repetidas ocasiones: “¿qué soy?” Cuando sentenció la pregunta con sus labios entró en un estado de inseguridad por el lugar en que estaba, y eso provocó un recuerdo doloroso en él. Esto, por consiguiente, despertó un instinto de muerte que tenía reprimido. El 7 de julio, Duval recordó que él se había intentado matar años atrás y se preguntó por qué olvidaría eso. Se sentó frente al escritorio y en una de las hojas del guion en el que trabajaba escribió:



Lamentablemente nos vamos acabando y la belleza que viene con eso es tan efímera como estas palabras que marcan un inicio de los días conscientes con la falta de las personas que juramos

proteger de la lluvia, de los ricos, de las muertes. Cuidar de las personas y advertir que si amas del mismo modo lastimas. Ahora, a mi edad, tengo conocimiento de la muerte más de la que me corresponde, más de la que quisiera en mi vida de pura muerte. Esta sensación de acabar mi propia vida me despierta del deseo de arrancarme la camisa como una piel gastada.

Esas palabras en el guion le darían a Duval la oportunidad de escribir una novela, pero eso sería un año después, por ahora Duval se encontraba con una idea sin terminar en su cabeza y la pregunta: “¿por qué soy tan consciente de la muerte?” Los cuadros de memoria selectiva que presentó Duval se desarrollaron a partir de la muerte de su hijo, creaba distintas memorias, distintos olvidos, todo para apartarse de la verdad que lo lleva a su realidad. Claro que lo hacía de manera inconsciente, pero para poder responder esa nueva pregunta tendría que responder un torrencial más. Sabía que algo dentro de él se estaba tornando turbio, momentos de recuerdos que se sentían ajenos, rostros de personas que no poseían nombres, sensaciones que distaban de su manera de pensar, un Duval que no se reconocería si se tuviera en frente.

Como parte de un ejercicio mental que Duval estaba inventando se miró frente al espejo y trató de reconocer cada una de sus facciones, el color de sus ojos, las cejas pobladas, las pecas a la altura de la nariz, la barba sin afeitarse de dos semanas, el sarro en los dientes, la lengua cuadrada y abultada; la persona en frente se sentía falsa, inconsistente y vacía. Esa sensación de no ser él mismo lo abrumó. Estando frente al espejo Duval tenía la única opción que suscitaba en su cabeza. ¿Por qué pensaría en el suicidio como una solución? Y ¿por qué ya lo había pensado antes? Salió del cuarto con un ligero ataque de pánico, respiraba poco, pero apresurado, presentaba histeria inmediata. Al intentar bajar las escaleras, sus piernas no respondían con normalidad, le hormigueaban al igual que los brazos y el rostro. Intentó llamar a su esposa, pero la respiración entrecortada no le dejó. Cuando cayó del quinto escalón sus rodillas



dieron el impulso necesario para que Duval se golpeará la cabeza y quedara inconsciente. Esto resultó ventajoso para él porque se permitió ubicar recuerdos o bien crear memoria que responderían algunas de las preguntas.

Al principio, Duval extrapolaba su conciencia por sobre el presunto recuerdo. Como siguiendo una rutina aprendida, un joven Duval de quin-

ce años bajaba del cuarto al baño de

la casa donde vivía con su madre, agarraba el frasco de lejía que se utilizaba para limpiar el baño. Antes de beber cuatro sorbos, el joven Duval se miró al espejo. Él mismo intentó detenerse, pero al final tomó la lejía. Cuando cayó al suelo por el malestar, el dolor intenso lo orilló a inducirse el vómito; eso ayudó a que el lavado de estómago que le hicieron luego le salvara la vida. De golpe, Duval se encontró en el escenario donde tenía dieciocho años y miraba hacia abajo desde un puente, miró la hora en el reloj de su muñeca, eran las tres de la madrugada; antes de tirarse, sintió como una mano lo apartaba del risco. Antes de ver el rostro de la persona, se transportó a otro escenario, esta vez con una hoja de afeitar en la mano izquierda, realizando un corte en la muñeca derecha, pero los cortes los hacía de manera horizontal sin saber que esas heridas eran fáciles de curar. Esa escena la recordó con claridad: él estaba en la tina con el agua cubriéndole por completo el cuerpo y fue su madre quien lo encontró. Antes de sacarlo de la tina, lo abofeteó.

Duval despertó en una camilla de hospital, a su lado iba caminando

Janina con una calma arrolladora y la enfermera que lo llevaba le dijo al doctor que el paciente había despertado. Luego del procedimiento, le diagnosticaron anemia, atribuyendo esto como el motivo de su desmayo. Duval le dio la razón al doctor; no podría justificar el ataque de ansiedad frente a su esposa sin revelar sus pensamientos. El doctor le advirtió a Duval de la herida en su cabeza y de la posible contusión. Janina se ofreció a cambiarle la gasa y limpiarle la herida; tenía experiencia de cuando salía con Tatsuo ya que él participaba en torneos de boxeo. A Duval le dijo que aprendió en un curso cuando era joven.

Cuando se quedaron solos le preguntó a Janina si ella lo había encontrado o si fue Mateo. Ella se quedó sin respiración y llamó de un grito al doctor.

Al final del diagnóstico, el doctor concluyó que Duval presentaba amnesia disociativa. Ni Janina ni él entendían qué era ni cuando el doctor Barona se los explicó en una segunda ocasión con estas palabras:



—Esto sucede cuando una persona olvida episodios de su vida debido a eventos traumáticos. Esos recuerdos se reprimen hasta que suscite otro evento.

Cuando el doctor Barona le preguntó a Duval sobre lo último que recordaba, él le respondió:

—Bajaba a ver a mi hijo para llevarlo a la guardería.

Duval se quedó en el hospital por recomendación del doctor. Luego de decir lo de su hijo recordó que

había fallecido recientemente, pero no lo dijo porque el doctor le estaba explicando cómo funcionaba la memoria selectiva; de este modo podría faltar al trabajo, estar lejos de Janina y concentrarse en las cosas que recordó o inventó. Tres intentos de suicidio de los que no tenía memoria, no podía confirmar si habían sido reales a excepción de uno: la cicatriz en su muñeca derecha confirmaba que, por lo menos, uno de los tres intentos sí lo había realizado. Le preguntó a Janina antes de que se fuera a casa por un cambio de ropa sobre la cicatriz y ella le dijo que lo conoció con ella, pero que por respeto no le preguntó. Ni él quiso contarle en su momento; le pidió que lo ayudara con un bolígrafo y un papel para escribir, Janina le alcanzó uno de los que se encontraban en el cuarto y le dio una hoja de la libreta que ella llevaba en su bolso.

—Últimamente estás escribiendo más de lo normal —dijo Janina.

Duval no le dijo nada. Ella se despidió con un beso y un te amo que no él no respondió.

Tras quedarse solo meditó sobre las palabras, las acciones y la importancia de tener un registro de las cosas que se hace.

Porque nada me habita ni me vive es que dedico estas palabras a lo más patético de mí, no como últimas ni primeras a esta isla que llevo dentro de la que te hablé con anterioridad. A esta edad siento una flecha rota en la garganta reflejando lo que antes eran palabras que expresaban opinión e ingenuidad, ahora brotan como sangre mía que me baña el cuerpo desde las heridas del pasado. Hay noches como esta, como ayer, eternas en su propio tiempo, donde puede caer el cielo, el dulce cielo, por mis ojos y así sentirme extranjero en mi propio Mundo. Permanezco endeble en el reflejo de mi pupila, ni un cabello, ni un músculo, ni un nervio ha de moverse de su propio sitio.

Duval tomó tres pastillas para dormir esa noche.

Melancholy Rapsody

Deus ex machina fue lo que Duval pensó desde que empezó a recordar ciertas cosas, lo pensó desde que sus recuerdos se concadenaron con el deseo de revivir, desenterrar o inventar las vivencias que indicaban que lo que olvidó. De pronto se veía tomando tres pastillas para dormir ocasionalmente después de acostarse con Janina. Ella sabía lo de las tres pastillas; sin embargo, no sentía la obligación de detenerlo, tenía que atenderse sola.

La noche en el hospital, Duval tuvo un recuerdo del día que tomó lejía a sus quince años. Había regresado del colegio con los puños golpeados y con sangre que le pertenecía al chico que lo molestaba; él había sido quien inició la pelea porque el chico le había gritado “maricón” frente a sus compañeros en el receso.

El día anterior a la pelea, ambos se habían bebido a escondidas en el curso de Electricidad después de clases; fue eso lo que confundió a Duval. Cuando el chico le gritó, Duval se acercó e imitando el golpe que le dio su padre el día que Marlon cayó del acantilado, mandó al suelo al chico de un solo golpe. Una vez en el suelo se le trepó encima y lo golpeó siete veces más gritando “¿por qué, Emilio?!” , antes de que alguien lo detuviera. Emilio quedó



tumbado en el piso y Duval vio partidos los labios del chico que el día anterior, a escondidas, le había dicho que tenía la sonrisa más hermosa.

Los sueños de Duval se repetían una vez que culminaba la acción, una y otra vez la misma escena, las mismas palabras, la misma sangre. Cuando despertó, lo hizo con el sentimiento de ese momento, el enojo, la tristeza en un mismo instante, el miedo de vivir y haberlo vivido. Para calmarse, tuvo que convencerse de que aquel sueño no era un recuerdo, sino algo inventado por su deseo de recordar; sin embargo, los días seguían y los recuerdos llegaban breves, pero concisos, como la primera vez que Emilio se le acercó, la ocasión que se masturbaron mientras se besaban, la vez que Emilio peinó uno de los rulos de Duval. Él tuvo que reconocer que nada de eso parecía inventado porque cada vez que despertaba lo hacía recordando el sentimiento del momento.

De pronto el nombre cambió; ya no era Emilio, sino José, y como todo lo pasajero duró nada más que un sueño. Este chico había sucedido al mismo tiempo que Emilio. Duval conoció a José el día que tomó la lejía. Este le preguntó si era su primera vez en un lavado de estomacal. Para él era la tercera ocasión, con un tercer intento evitado por su abuela, esa vez con pastillas. José le dio consejos a Duval de cómo suicidarse bien para alentarle a que no lo hiciera, porque terminaría odiando a las personas que evitaran su cometido.

—Verás, los suicidas no queremos ser salvados —le dijo José antes de darle un beso— queremos que nos amen luego de muertos como lo hicieron en vida.

Meses después, Duval se enteró de que José se había suicidado con éxito lanzándose frente a un bus en una gran avenida. Duval recordó que cuando se enteró de la muerte de José prometió amarlo, pero eventualmente se le olvidó hacerlo.



Duval no podía entender cómo Janina llegó a ocupar el lugar de quien amaba o qué hizo para amarla; al verla, percibía un escape de todo lo que llegó a considerar malo. Pero esa no era la única razón por la que Duval dejó su presente para enfocarse en quien fue o lo que lo motivó a ser quien era. Al recordar esos dos nombres entendió por qué libraba una intensa y silenciosa batalla dentro de sí. Necesitaba luchar más tiempo sin importarle el coste: su esposa, su trabajo, la memoria de su hijo, su estabilidad mental y emocional. Tenía que apostar todo ello para librar su batalla. No podía salir todavía, no cuando implicaba abandonarse.

En la práctica de escribir lo que recordaba, Duval dio con el nombre de Lily y a ella le dedicó unas palabras sin saber que se trataba de él mismo. Años después, Duval se enteraría que una mujer con el mismo nombre murió en Alemania, tres años antes de su nacimiento.

Hablo de la nostalgia, antes no sabía que esta caminaba sorteando mis pasos, ahora que la conozco podría bautizarla como Lily. En mi vida regalé nombres de personas a sentimientos para familiarizarme con ellos. Lily era una niña mitad ángel; la otra mitad, caricia. Esa otra mitad fue lo que me embobó, su caricia se sentía como olvidados charcos de agua y detrás de su mirada chapoteaban los adorados de la nostalgia como pececillos inquietos. Ella caminaba siempre a paso acelerado a mi lado, y las personas que quería olvidar, ella terminaba recordándomelas.

Mateo, el chico que le cantó en italiano, el nombre del hijo de Duval; Emilio, el chico que lo molestaba y él golpeó; José, el chico que le explicó de qué trataba el suicidio; Erick, el señor mayor que él y que fue su primera experiencia sexual cuando Duval tenía dieciséis; Dylan, el chico que se ahogó; Christofer, el chico que lo cul-

paba por que sus padres se enteraran de que su hijo era gay y golpeaba a Duval: la cicatriz en su ceja no dejaba mentir a su memoria. En su mente solo dictaban las circunstancias y las consecuencias.

El *deus ex machina* de Duval tenía nombre y era Lily, así que tanto Duval como ella hicieron lo que pudieron para frenar la realidad y enfrentar esos siete fantasmas que lo atormentaban y hacían que Lily se perdiera en su subconsciente. Poco a poco, la historia de Duval tomaba forma, con cada noche que tomaba tres pastillas para dormir. En uno de los sueños, Duval estuvo en un estado de regresión observando desde otro plano uno de sus recuerdos más perturbadores.



Erick, ante un joven Duval de dieciséis años, se mostraba como alguien seguro, siempre tenía las palabras correctas para convencer a los jóvenes de hacer cosas que no querían hacer. La primera noche que pasaron juntos en el departamento de Erick hablaron de cómo la madre de Duval le creyó que se quedaría en la casa de un amigo, cuando en ese tiempo ella sabía que su hijo no frecuentaba con chicos de su edad. Erick le anotó en un papel una lista de mentiras que podría decir en caso de que quisieran encontrarse. Sin embargo, eso solo sucedía cuando Erick quería o cuando lo pasaba viendo al colegio en la hora de salida. En esa primera noche, Erick le propuso conocerse al desnudo; luego de beber dos cervezas, empezó a desvestirse frente a Duval. El hecho de que Erick demostrara esa confianza abrumadora causó en él terror; sin embargo, Erick se portó amable y le pidió disculpas, para luego ponerse nuevamente la pantaloneta sin el bóxer y la camiseta. Invitó a Duval a la sala de proyección del cine en el que trabajaba donde pasaban películas para adultos bien entrada la noche. Se segmentaban por horarios y gustos, y lo que proyectaron esa noche fue un film especial. Al cabo de un rato, cuando la conversación forzada no daba

para más, Erick se levantó de la cama y proyectó una película pornográfica en el proyector cinematográfico. En esa película se podía ver a un señor de aproximadamente cuarenta años totalmente desnudo, acercando la cámara a la cama donde estaba un joven de menos de veinte acostado, de igual manera, desnudo. Erick regresó al colchón que utilizaba como cama donde estaba sentado Duval y le dijo que podía sacarse el pantalón, que se quedara con la ropa interior para que estuviera más cómodo. Él lo hizo sin despegar la vista de la entrepierna de su acompañante. Mientras Erick se excitaba viendo la película, Duval apenas podía apartar la mirada, y a ratos veía la proyección solo para ver cómo un hombre penetraba a un joven. Al ver que Duval no dejaba de observarlo, Erick sacó el pene para masturbarse y que

Duval también lo hiciera. Esa fue la primera vez que Duval veía un pene tan grande. Enseguida empezó a masturbarse sin sacar su pene de su bóxer.



El Duval que observaba desde un plano regresivo recordó lo que sucedía después. Intentó darse la vuelta para no ver, pero fuera la dirección en la que estuviera, no podía ignorar que la imagen apareciera frente a él. Cuando Erick empezó a sobar la cabeza del joven Duval y direccionarla hacia su pene, el Duval que observaba le gritaba que se detuviera. La fuerza de Erick hacia su cuerpo hacía que al joven Duval se le salieran lágrimas porque no podía respirar con el miembro en su boca y la velocidad con que lo hacía lo ahogaba. El Duval que observaba presentía que algo peor estaba por suceder, pero la imagen paró y, con un pestaño, Erick estaba dormido mientras que el joven estaba acostado boca arriba llorando.

Duval veía con pena cómo su versión juvenil se quedaba dormido. Desde el otro lado del cuarto se acercaba Lily pidiéndole que no dejara de ver la escena que al terminar se reiniciaba.

Eran las cuatro de la madrugada cuando Duval despertó con el dolor en el corazón y el miedo que le provocó una erección. A su lado no estaba Erick sino Janina desnuda, se aproximó a su esposa, pero le negó el sexo y Duval se masturbó con la experiencia sexual que recordó. Luego de lavarse empezó a escribir sobre lo que soñó:

Deja tu corazón en una esquina. A solas. Verás cómo la sangre se revienta a borbotones porque Cristo a estas horas vale menos y las personas como yo se ven en una película gris coloreada de miseria. La película es larga porque las escenas se repiten, porque somos solo niños amarrados a su muerte con un cordón umbilical que proyecta la vida miserable que nos han regalado nuestros padres en nombre de dios.

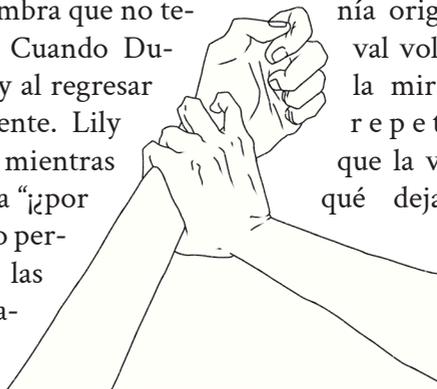
Al lado de Duval, leyendo lo que escribía, estaba Lily. Lo abrazó y le dijo: —No temas, pequeño, es un *film*. Si no te gusta puedes irte. Nadie se quejará de tu olvido.

El espejo

El 11 de julio, todos los miedos de Duval se materializaron. Ese día inició una nueva carga de tástrofe en su mente, las grietas en sus muñecas sangraban por un minúsculo corte que se había hecho con el vidrio roto del espejo que quebró por el miedo que tuvo al verse envuelto por siete sombras negras como ojos y por el olor del perfume de Janina que lo percibía como un dolor arcadas. Las siete sombras tenían nombre y cada una de ellas tenía su historia, había olvidado hasta Recordar a Dylan y su muerte a los diecisiete años; la violación por parte de Christopher a los dieciocho y el maltrato físico y mental que recibió por parte de Patricio a los diecinueve; su intento de suicidio con el cuchillo de cocina y la herida que le provocó a su madre en el brazo. Duval había cubierto todos estos recuerdos bajo un montón de cadáveres de él mismo. Cada Duval lo acosaba a través del espejo de la sala. El terror de verse, reconocerse por fin lue-



go de años de ignorar su propia vida por su bien. Cada uno de los siete quería algo de Duval. Antes de romper el espejo, las palabras de una ausente Lily se repetían cada vez más alto en su cabeza: “si no te gusta, puedes irte”. cuando Duval la buscaba en los rincones no la encontraba; mientras la voz de Lily se elevaba para dar la sensación de que se acercaba, más se inquietaba en encontrarla. Buscó bajo los muebles como buscando a alguien diminuto, detrás de las cortinas, pero cuando vio a través del espejo, un joven Duval de dieciocho años y una chica sin rostro estaban parados detrás de él, escondidos en una sombra que no tenía origen. Ambos estaban desnudos. Cuando Duval volteó la mirada a ver no encontró a nadie y al regresar al espejo estaban nuevamente. Lily repetía “si no te gusta puedes irte”, mientras que la versión joven de Duval gritaba “¿cómo lo permitiste?!”. Las heridas en las muñecas de Duval empezaron a palpitar, a clamar su atención.



En un pestañeo, el reflejo de Duval cambió, su recuerdo lo transportó años atrás. Un hombre de treinta y dos años sostenía un vaso con agua y se acercaba por la espalda a Duval, pero toda su atención estaba enfocada en el trasero del joven. Christofer dejó el vaso en la cómoda del espejo donde estaba un joven Duval viendo sus inseguridades, el bigote mal rasurado, granos en el cuello por los poros irritados, puntos negros en la frente en la nariz, ojeras que ocultaba detrás de los lentes circulares. Christofer le sacó la camiseta y Duval vio sus pechos flácidos, sus pezones oscuros y puntiagudos por la grasa pectoral que nunca eliminaría. Cubrió su torso cruzando los brazos; Christofer metió su mano en el pantalón e introdujo sus dedos entre las nalgas.

—Eres muy peludo —le dijo Christofer mientras besaba su nuca—

. Eso se arregla con la afeitadora —metió uno de sus dedos secos y a la fuerza dentro de Duval, pero él no dijo nada, ocultó el dolor entre los gemidos fingidos. Duval solo pensaba en las palabras que le decía Christofer: “tienes bonitos ojos, bonitos cachetes, bonitas piernas, bonito trasero”. Él se repetía esas palabras mientras Christofer introducía el segundo dedo. Duval intentó alejarse, pero él lo atrajo con el otro brazo.

Mientras forcejeaban este le preguntó: —¿Quieres que te la meta?

Duval pensó en decirle que no, pero tenía miedo de que luego lo rechazara. Asintió con la cabeza y este sacó los dedos con rapidez, le bajó el pantalón, el calzoncillo, lo lanzó a la cama con la cara hacia el colchón. Cuando Duval quiso darse la vuelta, Christofer lo volteó con fuerza. “Quédate así”, le dijo. Christofer se desnudó y se tiró sobre él para rozar su miembro entre sus glúteos y luego de humedecerse el pene con un poco de saliva lo penetró. Duval aguantó. Christofer empezó a moverse con fuerza, aumentando la velocidad. Duval aguantó. Christofer aplastó la cabeza de Duval contra el colchón. Duval aguantó la respiración. Christofer empezó a sacar su miembro para meterlo con embestidas, ignorando la sangre con la salía su pene. Duval no pudo aguantar, le pidió que parara, pero esas súplicas excitaban más a Christofer. Le tapó la boca con la mano y no se detuvo hasta acabar dentro de Duval. Él aguantó.

Mientras Christofer se alejaba de la cama hacia el baño le dijo: — Para la próxima no vengas comiendo y vienes limpio.

Duval fue otras cuatro veces sin comer y haciéndose enemas case-ros, pero el trato fue el mismo, y cuando Duval se metía al baño lo hacía solo, se sentaba en el retrete y se limpiaba la sangre. Cuando salía del baño, Christofer ya estaba vestido, leyendo alguna revista con el volumen de la radio bien alto, dando campo abierto a que Duval se marchara. Ese modus operandi duró tres meses, hasta

que Christopher se consiguió a un chico más joven, más delgado y sin tanto vello corporal.

Tras otro pestañeo, el reflejo de Duval cambió nuevamente, esta vez, un año más adelante.

Frente al espejo estaba un Duval de diecinueve años bio parabrigo tortuga con cuello de



que ocultaba las marcas de manos.

Este Duval le dijo al otro: “¿por qué dejaste que nos hagan esto?” El entorno consistía en un cuarto pequeño que Duval alquilaba cuando empezó a vivir solo. Durante esa época, él salía con Patricio, un chico de veinticinco años que lo culpaba por que sus padres se enteraron de que era gay por algo que dijo Duval frente a ellos. Por ese motivo, Patricio se mudó a vivir junto a Duval y él soportaba sus golpes por la culpa que sentía. Patricio le recriminaba todo lo que hacía y envidiaba en especial el hecho de que la madre de Duval no sabía que a su hijo le gustaban los chicos. La mayoría de las discusiones giraban en torno a esa envidia.

De pronto, el reflejo de Duval empezó a llenarse de moretones, pómulos sangrando, lágrimas que se mezclaban con la sangre y el tiempo empezó a transcurrir rápido en el rostro hasta reflejar al Duval que minutos después rompería el espejo y se cortaría la piel de la muñeca de manera horizontal para poder el sangrado. Aún le temía a la muerte, pero la buscaría nuevamente.

Duval pudo ver a través del reflejo que detrás de él, en el mueble de su casa, estaba la versión más inocente de él escondiendo su rostro bajo una almohada mientras las siete sombras se acercaban amenazantes hacia el joven. Para evitar eso, Duval golpeó el espejo con su puño; este se fragmentó en ocho pedazos, siete de estas partes

contenían las sombras y el octavo pedazo mostraba el reflejo del joven Duval, enseñándole las muñecas sin cortar. En su cabeza, los sonidos venían de muy lejos, junto con el pequeño aroma a Janina que le parecía repulsivo. Duval se sentía demasiado pequeño para tener una idea de las dimensiones de los reclamos de las voces, la distancia solo hacía que esas voces sonaran desgarradas, como si de gritos se trataran.

Detrás del reflejo, en el octavo fragmento del espejo, Duval pudo ver que Lily se acercaba y, antes de que dijera la frase que se encontraba repitiendo de manera constante, Duval se cortó tres veces para ignorar esas palabras.



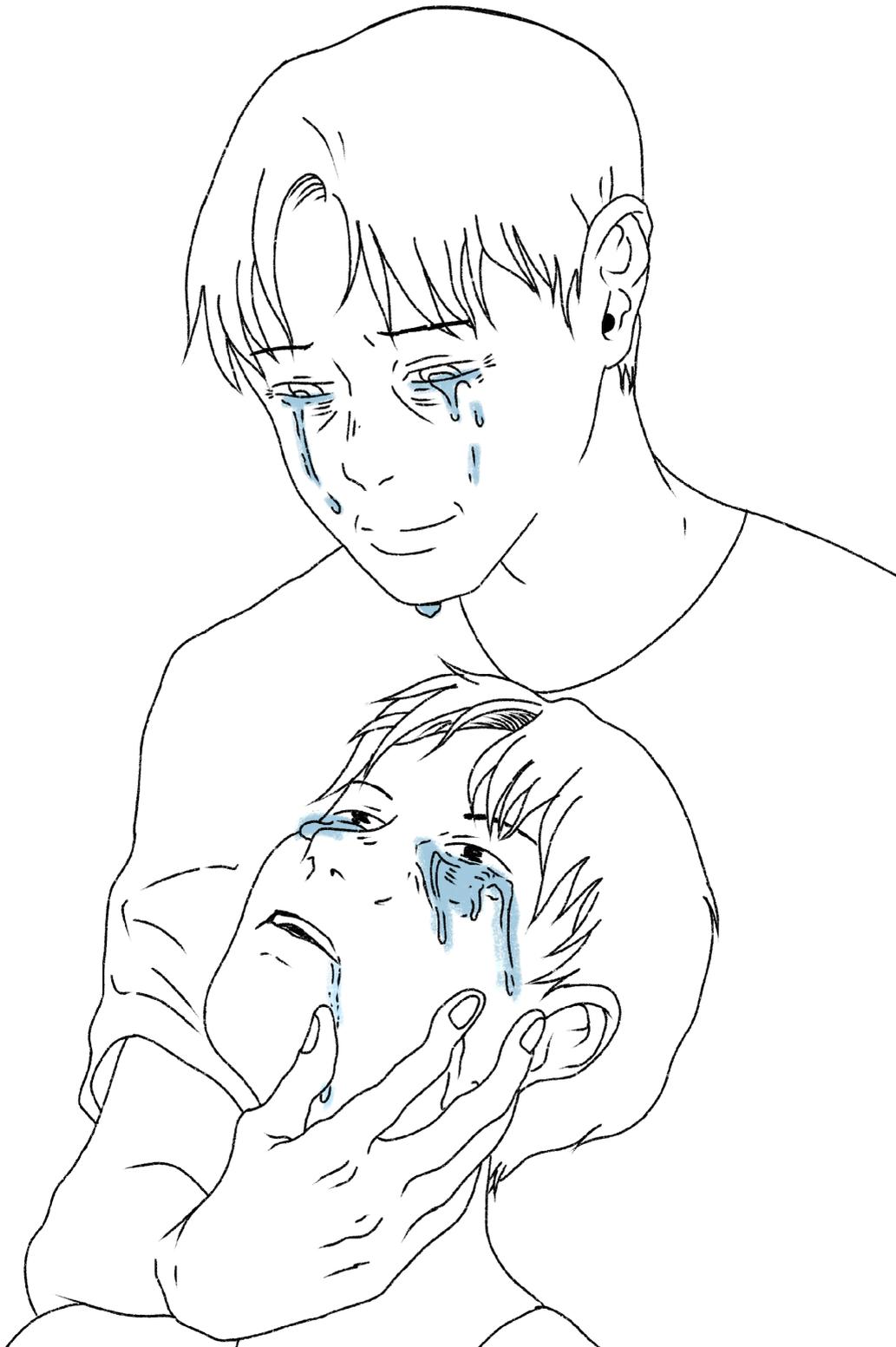
Mientras perdía el conocimiento y se recostaba en el suelo, Duval pensó en un párrafo que le hubiera gustado escribir. Lo repetía de principio a fin para aprenderlo de memoria.

Me ahogaron contra el muro cuando alguien dijo mi nombre/ agitando un pañuelo sin color como señal de redención. El niño en el reflejo se pierde en Lily, se desconoce, pero reconoce que desde hace años muere y resucita, aunque nadie lo ve morir. El niño no reconoce su materia oscura. El labio. El alarido. El mordisco. Y llora la sal del mar por las personas que amó. Quisiera decirle: este soy yo. Soy yo quien vuelve para luego dejarlo a su muerte, a su suerte; es lo que me enseñaron y lo utilizo de excusa. Abandoné al niño del mismo modo que abandoné la memoria de mi hermano, de mi madre. ¡Oh, dios! Amárrame que estos huesos ya no bastan. Nada basta. Necesito más cuerdas/ porque estoy rodando hacia el vacío. Déjame

decirle al niño que soy yo, yo estoy gritando acostado aquí. No me dejes morir cuerpo adentro sin decirle que se aleje del espejo. No me dejes morir sin decirle que no me vea.

Algo en Duval sabía que ese no era lugar para quedarse, era oscuro y terrible. Sabía que si se suicidaba no sería esa noche, tenía que construir su suicidio con más optimismo. Antes de perder el conocimiento por completo, Duval pudo ver a su hijo salir del jarrón, una mano a la vez, y acercarse a él pronunciando palabras inentendibles, pero tenía la certeza de que era su hijo; lo sabía porque la voz que escuchó pudo opacar la voz de Lily.

gris



Nuevo conocimiento de la muerte*

Adorado mío, si te hace sentir mejor, puedo decirte que morimos en silencio con el tiempo inadvertido y lo hacemos sin que nadie lo note, /sin que nadie pregunte por te diaria. Desde que me dejé nada me pertenece/ ni siquiera esta cosa con pelos y sonrisa que como un cuerpo y nutro que me dejé, soy apenas como el viajero que toma un cuarto en cualquier noche.



Pienso en una cosa grata/ la sonrisa apa- cible de un muchacho, en la tibieza de su hogar que- brantado. En fin, todo cuanto exprese armonía, ternura y paz. A pesar de ser diminuto, él amaba las arduas cosas simples de cada día: en el fruto colgado de la espalda, la mano amiga y la palabra absorta que a cada sombra busca un nuevo nombre con el cual victimizarse. Pienso en que ha muerto de alegría, de

perfección y de pureza. Muchacho que tenía los ojos puros, ¿por qué te dejé a ti y no me dejé a mí en ese momento? Muchacho de ojos café como de vidrio, esa no es la forma de matarte.

Ese chico a quien jamás conoceré visita un hogar que ya no existe, se mira en un espejo y se pierde. Qué patético. Un largo sabor de muerte le atraviesa de parte a parte la boca amarga que le recuerda a la de su hermano menor. Entra a una casa donde nunca nadie ha estado y se sienta a esperar que nadie llegue. Sobre mi corazón suenan sus pasos angustiados llenos de la culpa que no le pertenece. Extraño, deja de mirarme.

Habitación con un espejo, autorretrato con una pena

“Unos pasos caminan por mi cuarto, cuando lo busco se escabulle dentro del reflejo. Tengo que hacerle creer que no me doy cuenta. Desde el espejo me atisba un fulano que se parece a todos y otro poco a mi padre y a mi madre.



Este pobre niño nada pide sino un poco de paz para vivir esta vida que no es suya. Se le dio una piedra pequeña para que apoye la cabeza mientras sueña y se le dio un centavo de sueño para que crea que aún hay gente buena. Este pobre niño que nada pide.

Enciendo la ventana, para entrever la oscuridad entre nosotros con una luz inquieta y falsa, así la soledad no nos alcanza con sus lentos ojos.

Niño con rostro ya sin color y sin sonrisa, estabas adornado de felicidad, pero la soledad lo llena todo, asfixia tu recuerdo sobre la polvorienta mesa triste/ mientras la noche –quietamente– muere.

Es terrorífico reconocer la ausencia de vida al ver su rostro pálido. Me es inevitable ver cómo sus pupilas vertían inagotables lágrimas

que nunca dejarán de salir por mis ojos; la luz entre ellos se fue con una suerte sencilla y grave. Niño, sigo sin entender cómo llenaste el ambiente con la paz que desbordabas con tu mirada de cristal, y a mí me la arrebataron toda.”

Algo sobre los viajes y la muerte



“Hay algo que se muere, pero en horas como esta
 empieza a deambular con una extraña
 rigidez por los pasillos, transitando la
 vida hasta llegar a mí. Pronto los
 pasillos se transforman en callejones,
 los callejones en avenidas que no dejan de
 llevar al niño frente a largos ángeles
 vacíos porque la muerte no es más que
 la presencia del tránsito, del
 viaje, de lo efímero. Y en
 cada adiós perdemos la vida.

Ni tú
 veces,

ni nadie entiende lo que digo y, a
 yo tampoco me comprendo.

A esta alma la han golpeado tantas pedradas que no da lástima ni aunque dentro se esté derrumbando todo, de nada sirve ser mártir porque no queda lejana la esperanza, ni la rabia, ni el odio, ni el perdón y no queda ya nada. Quisiera convencerme de eso último ya que sigo atado a la vida dejándome llevar como cegado por mi condición de amar a los muertos.

Pueden todos ya escupirme sobre la cara, sobre la pupila

o bien salvarme de morir, amarme. Quisiera convencerme de eso último.

La mirada ni siquiera se vuelve para atrás porque a mi lado ven cómo Judas se solaza y me lleva con él a caer de bruces para que todos puedan rumiar el sabor de mis culpas.”

Canciones para decirlas en voz baja

“Pienso constantemente en escribir canciones y poemas, nada nunca me sale bien. Las ideas se pelean entre ellas y las palabras carecen de tono, de rimas, de coherencia. Anoto todo como ideas, es lo único que me sale medianamente bien.

I

En lentas aguas iba mi corazón rodando –boca abajo– hacia la muerte. **Besarte** y mientras tanto, mi corazón **se dirige hacia su muerte.**

II

Yo amaba tu pureza, **un lirio de fuego que loaba armonía** alrededor mientras yo amaba tu pureza.

III

De la Paz que te rodea,
**enséñame de esos actos tuyos
como acontecer la vida.** Ensé-
ñame la Paz, Tú, que la
tienes.

IV

Los frágiles sueños
son pastoreados por el
dueño de los sueños,
me basta una pala-
bra de ternura para
entrar al rebaño sin
saberlo.



V

Solo por tu mirada **mi alma
está llena de amor.** Se incen-
dian las estrellas y ama-
nece en el Mundo **cuando tú
sonrías.”**

Poema, elegía, poema VII y una canción de quién sabe
dónde

“Ahora escribo las ideas de un poema para ti:

Las cosas más sencillas se revisten
de una absoluta luz si tú las nombras.

El día está de pie entre tus labios.

Comprendo la ternura
en su completa dimen-
sión.

Si dices “cansancio”, cae al
cansancio hasta mis huesos
y ya no escribo.

No puedo hacer esto. Es
como robarle las pala-
bras a otra persona solo
para comunicarme con ese
niño.



Ahora pienso en una elegía para ti:

La llama tan pálida hiere tus pupilas y al ver cómo es consumida por tu rostro morado cubierto por un espasmo abortivo queda en mi grito ahogado de una niñez tan fina como hilos de sangre siendo perseguidas en el país extraño de tu rostro.

Ahora pienso en un poema para ti:

Quién te viera de lejos diría que regresas de donde nace el silencio.
Que tus ojos —itan hondos!— no conocen el llanto.
Un halo de ternura te circuye, **persona inasible**.
Cuando hablas parece que amanece en el Mundo.

Ahora pienso en una canción de quién sabe dónde:

Estas manos, estos ojos, estos labios serán. ¡Quién sabe dónde!
Una pequeña parte de tu alma. ¡Quién sabe dónde dejarás tu vida, tu amor, tu muerte!”

Tres estatuas

“Tengo que dejar lo inentendible a un lado, tres grandes pensamientos abordan esta mente en su adultez, he llegado a verte en los ojos de otras personas y busqué en la vida de ellos tu muerte. Me enamoré de ellos, pero estos pensamientos convergen entre mis ideas y tu esencia. Siempre hay algo de ti en ellos y eso me trastorna, me aterra.

Arquitectura de la sombra: paralela al silencio de la noche/ en hilo de distancias naufragando. Débil raíz humana que me impides **en las noches** transitar sobre el camino inquietante, frágil, **en busca de algo que me haga parte de la** lengua dulce que lamiera los pasos que en el suelo martirizo.



Estudio para Narciso: entre tus manos. Y la tarde... Y sus piras infinitas **adormecen la sed.** Tranquilo tú, desnudo de ti mismo. Tu sangre ebria de sol. Y tu pulso. Tu estatura de verano **que quedará imposible en los años despojados y el mar,** en verdes cúpulas de espuma, se re-

flejan en los ojos de los demás hombres que se comparan con tus jóvenes ojos marrones. Debería hacerte red incommovible para tu perfil etéreo de alba pura... Pero tu voz se torna mi silencio... Y muero en ti. Caigo vencido, caes vencido y pierden paz mi alma y mi sendero. Y Dios, de bruces ante ti, se rinde.

Por Vatzlav Nijinski: un bailarín se acercó a mi juventud, para enseñarme cómo es imprescindible hablar de un pájaro. Su vuelo, tan cerca de Dios, abría la pavana y los pasos que daba en su torno, era el vals de alma con espectrales melodías. Cuando uno se enamora de los imposibles es atravesado por el vals como un dardo y danza y danza y danza sin medida al ritmo de su limpio corazón, ardía en altas llamas, no lo negaré, fue de las veces que me entregué a las llamas de lo que llevo dentro. Pero era joven e ignorante. Su danza era un terrible viento apasionado y cuando la violencia del éxtasis de su movimiento transfiguraba su ligera planta se transformaba en las canciones trágicas y dulces de su tierra. Yo fui su pena suavísima en el alma al igual que tú la mía.”

Pude salvarme, pero elegí no hacerlo. Del otro lado de estos pensamientos esperan a que despierte, con la motivación de asesinar quien soy porque ya maté a quien fui.

los días

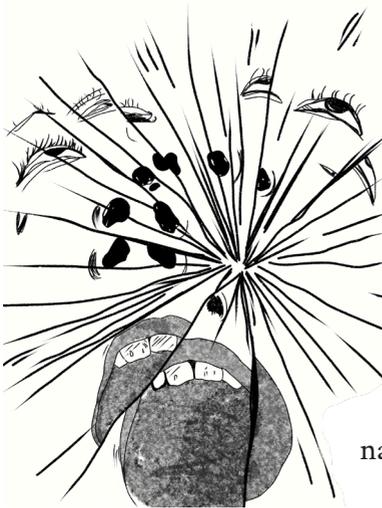
sucios



La cabeza

Janina recogía los pedazos de vidrio del suelo mientras se orillaba a pensar en los motivos por los cuales alguien cometería suicidio y por qué ella nunca lo pensó como una opción. La conclusión a la que llegó es que aquello era un acto cobarde y egoísta. Empezó a sentirse traicionada por Duval; la estabilidad y confianza que tenía hacia él ya estaba comprometida. Ella no se veía como el apoyo hacia alguien, peor como el motivo para matarse o no matarse. Sospechaba que el motivo real estaba oculto y eso le daba calma.

Dejó los fragmentos para asegurarse de que Duval no hubiera en-



contrado la cadena escondida, cavó con sus dedos las cenizas de su hijo y los desechos de tabaco hasta dar con el objeto. Lo sacó, lo limpió y se lo puso, sintiendo como el peso de la presencia de su hijo se apoyaba sobre ella. Por inercia, se ubicó frente al lugar donde estaba el espejo y gritó al ver un reflejo de su rostro roto en varias partes. Solo quedaba el marco del espejo cuadrado. Janina se tiró al suelo de rodillas junto a

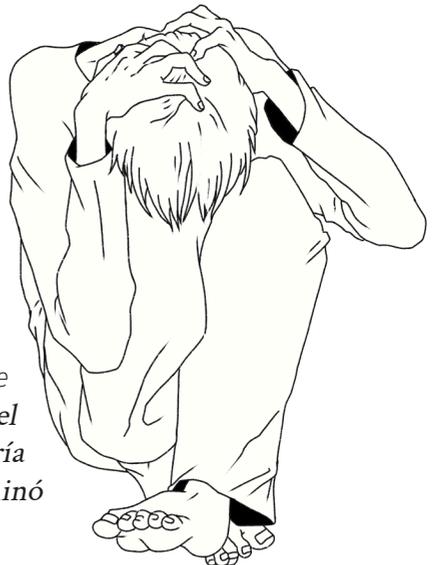
los fragmentos por el miedo cubriéndose el rostro con las manos. Sintió su cabeza ausente, degollada y sola, buscó su cuello y llevó ambas manos al lugar indagando alrededor del collar un instante desolado por el difunto recuerdo. Temía también cruzarse con algún extraño enlutado si alzaba la mirada. Tenía la cabeza enferma, rajada, no quería la dedicación al sufrimiento, de la muerte que le dieron de manera implícita y obligada, como si casarse con Duval le traería más que muerte o fragmentación a su persona; ella nunca tuvo la obligación de perderlo todo sin comenzar de cero. De pronto su esposo se convirtió en un extraño, su hijo en una mentira, su vida en su deseo y ella se convirtió en su padre; entendió que el silencio en su vida le estaba cobrando su cabeza. Con el impulso de su odio hacia sí misma se abofeteó repetidas veces con el afán de degollarse y generar paz en ella. La paz intermitente de un día sin cabeza entre las manos.

Al levantarse del suelo sintiéndose derrotada por su reflejo en los fragmentos del espejo miró por la ventada hacia el cielo y sentenció a dios con la frase: “No importa lo que quieras, nunca tendré lo que necesito.” Apretó los fragmentos de vidrio como frutas traspasadas de gusanos putrefactos que tenía en la mano y los soltó para que estuvieran en el mismo lugar donde Duval los había dejado. Sujetó la cadena que colgaba de su cuello y pensó en desperdigar las cenizas de su hijo en la sala, pero eso ya no era su hijo; intentó correr, pero tenía la sensación de que eso no sería suficiente.

El pozo

Con tanta libertad como el día anterior, Janina pudo reconocer que habitaba en su silencio, clavada a cuatro muros junto a su secreto, este se encontraba a salvo junto con el que más miedo le daba que sea descubierto. La base de su relación, de su matrimonio, de su hijo muerto y del hijo que le haría tener a Duval. Janina subió las escaleras directamente a la caja de secretos que toda persona tiene; la caja de Janina era un viejo alhajero que le perteneció a su madre. De este, sacó una hoja de papel con muchos tachones y con unos párrafos poco legibles con la letra de Duval:

Llevo el rostro del secreto, el nombre del auxilio. Me vi morir ese día y mi madre me vio morir el día que nací sin ser mujer, cada año hasta ahora. La mirada cae entre mis piernas porque esto no sangra; la boca muerde el labio que desea mi virilidad solicitando mi feminidad desolada. Este corazón a veces se levanta, sangra. Y lucha. Y se resiste. Y cae de nuevo. Este soy yo, lo que soy desde el día de mi nacimiento no es lo que debería ser; mi padre, al desear a una hija, terminó



convirtiéndose en mi sueño y su vergüenza, por él sé contar estas mentiras con sus manos. Su segundo intento, el segundo hijo, murió sin sentir la necesidad de ser mujer. Lo envidio en el silencio de esta casa, aquí muero una vez más porque recuento diecinueve muertes tal y como lo haría un dios gastado.

Janina dobló el papel nuevamente y sacó otro que también tenía tachadas varias partes y un párrafo legible: Tengo que subir, aunque el caer me es dulce y me he visto dichoso chapoteando con los cerdos con rostros similares, familiares. Si los días, al igual que mi vida, caen sucios a la escalera esta se quiebra y uno cae donde no vale la pena escarbar la tierra. Tengo que bajar y buscar el lugar donde clavar los dientes y morir.

Ella se había enamorado de las palabras de Duval que trataban de esconder su verdadero ser, se enamoró de ese dolor, de su naturaleza manipulable e inseguridad, de la vulnerabilidad de saberse hombre y de su olvido. Había guardado tres escritos de Duval de la época en la que empezaron a salir. Desde ese momento, ella ya sabía que Duval quería ser otra persona, quería algo que ella no le podía dar: el amor de un hombre. Pero ella se había enamorado de él, y ese amor se acabó cuando Duval suprimió y olvidó su parte más importante de él para estar con ella.

El momento en que se encontraron por primera vez ella lo recordaba de su manera. Ambos tenían veintiún años y ella salía con un chico cuyo nombre no recordaría en el futuro. La invitaron a una fiesta en el departamento de un escritor emergente, quien había publicado su primer poemario bajo una editorial extranjera y la fiesta era la celebración. Ella fue con su novio y su mejor amiga de esa época; tampoco recordaría su nombre, pero años después se enteraría que ellos dos se habían casado. Durante la fiesta, ella se alejó de su novio para conocer gente. Fue ahí que se encontró con Duval y empezaron a hablar de lo ruidosa que era la fiesta mientras compartían un cigarrillo chino. Ella le explicaba a Duval que

la poesía no era de su agrado porque le parecía aburrida, pero ella podía diferenciar los sentimientos y descifrar cómo se sentía esa persona cuando lo escribió. Duval le dijo que a él también le parecía aburrida la poesía, pero que consideraba que poner una frase sobre otra y hacer que las personas no entiendan lo que se quiere decir es donde se encontraba la verdadera poesía, porque esta se escribe para uno mismo y que publicarla no era más que un acto de vanidad. Janina le dio la razón. Cuando ella se dio cuenta de que su novio la estaba buscando, le propuso a Duval ir a otro lugar y él le sugirió ir a un cuarto apartado de la fiesta. Ella no quería hacer nada con él, pero había algo que empezaba a atraerle y quería descubrirlo en un lugar privado.

Al entrar al dormitorio, Duval empezó a inspeccionar si había algo fuera de lugar o algo que podía ocultar en sus bolsillos. Janina, al darse cuenta, le dijo que era de mala educación dejar esperando a alguien por una conversación. Entre la conversación y la tenue luz del cuarto con aroma a sándalo, Janina vio que el atractivo rostro de Duval le era familiar y eso la llenó de impulso para besarlo. Cuando lo hizo, Duval se quedó petrificado, y luego de un segundo, le devolvió el beso. Él empezó a manosear el busto de Janina, mientras ella se frotaba la entrepierna. Cuando tocó la entrepierna de Duval se dio cuenta de que no tenía una erección, pero los besos se tornaron más íntimos, más violentos y acelerados. La pasión entre ellos fue inmediata, casi extraña. A ambos le dio la sensación de estar destinados o que convenientemente, para el flujo de su historia, tenían que conocerse. Antes de que Duval metiera su mano dentro de la falda de Janina, alguien tocó la puerta del dormitorio donde estaban. Ella, al darse cuenta de qué Duval iba decir algo, le tapó la boca y con la mímica del silencio le pidió que guardara silencio. Tras esperar un segundo golpe insistente, Janina se levantó de la cama para acercarse a la puerta y preguntar quién era. La sensación del destino invadió nuevamente su mente. Era su novio y la estaba buscando. Janina le hizo mímicas a Duval para que



alguien los espíara. A

se escondiera y lo primero que se le ocurrió fue meterse al clóset. Luego de interrogar a Janina, ella y su novio continuaron lo que ella había empezado con Duval mientras él los veía y escuchaba detrás del pequeño ropero. Janina le preguntó después de unos años el motivo por el cual no salió del clóset a interrumpirlos, pero él le respondía que no sabía de lo que hablaba. La verdad era que a ella le había excitado la idea de que Duval le excitó ver el trasero y los testículos del chico moverse mientras penetraba a Janina y se masturbó mientras veía.

Los tres fueron interrumpidos cuando un chico entró. Tanto Janina como el novio pensaron que era el dueño del cuarto y culparon al alcohol, el chico ignoró sus excusas y les preguntó si habían visto a Orfeo. Janina, confundida, le preguntó quién era ese tal Orfeo, a lo que el chico le respondió que era el dueño del cuarto. Luego del momento incómodo les dijo que los iba a dejar con lo que hacían, pero que si veían Orfeo le dijeran que lo estaban esperando afuera para que declamara su poesía.

El novio de Janina quería terminar, pero ella prefirió salir a escuchar la poesía de este chico y así confirmar la teoría que Duval le había compartido hacía unos minutos. Después que salió del cuarto el novio se quedó para acabar, y sin saberlo, acabó al mismo tiempo que Duval. Cuando salió, el novio de Janina él esperó unos minutos para abandonar el cuarto. Ya en la sala, algunos de los presentes empezaron a aplaudirle. El chico que había interrumpido a Janina y su novio levantó las manos y aplaudió para mandar a callar a los presentes. Se dirigió a todos presentando a Duval como

Orfeo y emocionado dijo: “¡Al fin la voz de las personas especiales va a ser escuchada!” los presentes se rieron e hicieron barra para que Orfeo leyera un fragmento del poemario ganador. Con el rostro ruborizado, Duval se paró frente a los presentes. Cuando Janina lo vio no pudo evitar sonreír diciéndose: “Qué estúpida que soy, es tan cliché y tan obvio”, para luego sumarse a la barra que incitaba a Orfeo. Este agradeció a los presentes y, al devolverle la sonrisa a Janina, comenzó:

—No me pregunten de qué trata este poema porque ni yo sé.

Sumergido hasta los sesos
entre las aguas negras de las horas
pido cosas:
mejores dientes para cavar,
un dios gastado porque el que tengo
se renueva en los deseos que me pide
y no le puedo dar.

Pido tanta luz desgarrada de otro sitio
ya que el sol es alto
y lo puedo topar con un solo dedo.
Sumergido me quedo
soportando un día de este modo,

del mismo modo en el que los recuerdos
se mezclan con los pensamientos
que llenan este pozo donde el agua no entra.
no eleva mi cuerpo.

Este pozo hace que mis días
sin pastillas
no quieran la luz sin los ángeles calientes.
Quiere que me convierta en un dios castrado
para mejor sentir mi propia muerte
caminando hasta el fondo de mis días.

Janina vio a Duval y le aplaudió, gesticuló que no había entendido el poema y Duval le volvió a sonreír, mientras los presentes sonreían y aplaudían con leves sonidos.



La ciudad

Tras años de relación, las casas, los salones, los hoteles, se habían convertido en fracciones de otras vidas donde ambos compraron su muerte en el amor. Janina había perdido el interés romántico en Duval porque él dejaba de sentirse como otra persona. Duval empezaba a afianzarse del interés romántico que sentía por Janina. Llevaban cinco años de casados y cinco abortos que ella provocaba; por ese motivo, ambos se sentían como pequeños gritos en una ciudad de gente desconocida que cuentan la vida de ellos a sus espaldas. Duval ya no se reconocía como Orfeo y Janina extrañaba esa parte de él; sin embargo, sabía que la relación no se formalizaría si Orfeo seguía existiendo. Por ese motivo, aprendió a decir lo que tenía que decir para que Duval dejara esa clase de poesía que le permitía exponerse o representarse. Robó escritos para guardar los que sentía importantes y los otros los desechaba. Fingía demencia cuando Duval le preguntaba por estos hasta olvidarse completamente. Sin conocer ella sus propios motivos provocaba que esa existencia de Duval se perdiera, no porque quisiera hacerle daño, sino que ella veía por su bienestar.

Cuando Janina se dio cuenta de que Duval no era lo que ella quería para el resto de su vida, él ya había olvidado a Orfeo para mostrarse devoto hacia ella. Él se enamoró, y ella empezó a frecuentar a Tatsuo.

Duval renunció a las publicaciones porque no eran constantes y no eran lo que Janina necesitaba, que era la estabilidad para poder terminar sus estudios de Arquitectura. En su segundo año de casada con Duval, ella se enamoró de Tatsuo. A partir de ese momento, sintió que vivía una nueva vida en una ciudad que la asfixiaba, la aplastaba con recuerdos y personas que se había acostumbrado a dejar atrás. Creó muros inmensos con ventanales para ver la vida que deseaba, impasible con las primeras luces de la noche y así elegir siempre lo que le faltaba, pidiéndoselo al dios de los poemas de Orfeo. Ella extrañaba lo poco y lo único que desconocía de Orfeo y, por no saber lo que quiso en su vida, Janina terminó arrancando con las manos angustiadas la medida propicia entre lo que no tenía y lo que sí.

Durante su adolescencia pensó que lo que buscaba era el amor de su madre, aquella que la rechazaba por verse como una versión más joven de ella. El amor de su padre le perjudicaba y era ese el que buscaba. Sufrió por su pasado como cualquiera, los días muertos de su padre y las palabras que no le pudo decir en vida, permitió que los actos que hacía la convirtieran en él porque lo sentía correcto. Eso no era justificación suficiente pero nunca se negó a la idea de volverlo a hacer.

Con la llegada de su hijo Janina se llenó de miedo. Mateo no se parecían ni un poco a Duval, pero él veía su hijo como si fuera una versión más joven, cegado por ese absurdo amor paternal que todos han sentido en pocas cantidades, cantidades efímeras o lo que les dure la felicidad. Cambió así el semblante de la relación que se gestaba entre ellos por el bien del niño. Pero como todos los secretos de Janina se iban acumulando, sentía que alguno saldría en cualquier momento. La mayoría de los días, ella se encontraba dentro de esos secretos ignorando todo su alrededor. El día anterior al accidente en la playa, ella creyó ver a Tatsuo en el centro cuando salió con Mateo a hacer compras. En ese momento, vio

en su hijo el rostro de Tatsuo. No tenía los ojos rasgados, su cabello no era negro ni lacio, todo eso lo sacó de ella; sin embargo, era algo en la esencia de Mateo que le recordaba a su verdadero padre. Convenientemente, Janina había dejado a todos atrás, no había quién se cuestionara el parecido del niño y los amigos solo lo eran en las horas de trabajo. En ese tiempo creció como madre no queriendo por completo a su hijo y Duval lo notaba, pero nunca le preguntó porque en su mente una madre siempre amaría a su hijo por sobre todas las cosas. Por eso, cuando falleció Mateo, ella lloró por la calma: uno de sus secretos estaba salvo y, ahora que Duval había intentado suicidarse, ella empezaba sentir esa calma una vez más. Sabía que no le quedarían más que palabras que no eran de ella, quedaría latiendo sobre la ciudad, sobre los cuartos donde respiró porque la vida es caminar sin detenerse. Eso era lo que su padre decía.

El aire

Duval seguía inconsciente y Janina lo observaba mientras sentía cómo le pesaba el aire, cómo le daban náuseas con la mirada sobrepuesta recordando el día que su esposo quiso matarse. Veía con más claridad secretos respi- ella; ya no sen- que daba sobre heridas don- hombres se sensación de



aire, mordiendo tanta vida ajena, y llenarse los pulmones con valor para silenciar cada pregunta puesta para esperar que el viento se las llevara.

Miró de reojo la almohada por los pies de Duval y luego su rostro. No era más que un viejo enemigo con una posible tumba secreta. No había nada más en la noche que el silencio, no habría grito. Sujetó la almohada y la abrazó con el afán de abrazar algo que nunca sería para ella, como esa vida que siempre huele bien a guisos salcochados con ternura. A madre. Y a remiendos. A manos saludando. A erguidos hijos rompiendo la corteza de la edad.

Con ganas de besar y encallarse en cada llaga antigua que encontraba se convenció que hacía las cosas de corazón, con un amor incontenible.

Acercó la almohada al rostro Duval y se detuvo en el momento justo en el que vio moverse uno de los dedos de su esposo. No lo sabía, pero ella estaba casada con la muerte de él. Cansada de morder el cuerpo libre para aferrarse al suelo.

cuaderno
de arteo



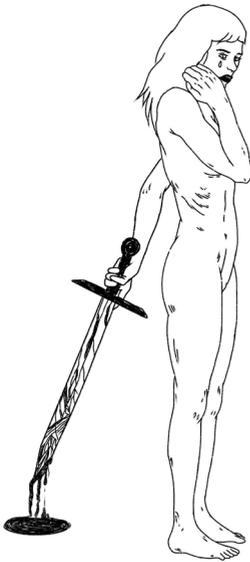
Identidad

Apenas esas vidas se habían tocado dentro de la conciencia de Duval como dos manos en saludo, como dos labios en sonrisa.

Él se despidió de Lily y de la pequeña sombra a su lado, queriendo despertar como un milagro de aquellos que conmueven lo más hondo de la tierra. Se despidió, no sin antes dedicarle su reconocimiento al hacerla vivir en ciega Poesía desterrada, ausente de él mismo, a una distancia que bien podría ser de amor o absorta muerte diaria repetida como lo había estado haciendo todo ese tiempo. Antes de despertar bajo su propia decisión le dijo: te doy mi vida, **amiga**, y mi muerte también; pero mi vida es un gran lirio de hierro que perfuma y destroza. Te doy mi muerte, **mi amiga, tómala tú, tranquila**, entre tus dulces manos que fingen una lira, pues mi muerte no tiene más luz que tu palabra. Y lloró.



Perfil contra las llamas



Duval despertó con la almohada casi cubriéndole el rostro. Janina le dijo que pensaba acomodarlo, él miró a su esposa y cantó con sus labios la más pura canción de “te amo”. Como si hubiera despertado una nueva persona con la cabellera coagulada en duros bucles que bien podían ser la miel del bronce. Eran sus ojos de un color absorto que fluctuaba entre el verde y el marrón. Despertó lleno de luz. Era su alma apacible como un río

de versos que se encontraban sin voz. Ella al verlo de esa manera y contra la luz acostado semi erguido entre las altas llamas de su despertar, Janina se confundió, recordó a Orfeo y se tendió sobre él para besarle el “te amo”, pensando que nada de eso existía. No era su esposo lo que sus ojos veían o lo que palpaba con el contorno de su palma triste, la saliva con la que ella mojaba los labios que

no existían hace ya mucho tiempo. Antes de que Duval despertara tenía la certeza que ya no existía alma sobre la tierra que la amara, que creyera en ella, que esperarse algo de ella. Ya no tenía que dar su llanto ni la agonía de mirar sus propios ojos ciegos contemplándola desde la mirada de Duval. Esa voz diciendo las palabras: “te amo” como si fuera el nombre de ella. Sintió que no existía nada grato, nada amable, ni una palabra húmeda de amor, ni un dulce llanto que verter, ni acaso un fuego alucinado que quemara la frase que Duval dijo sin terminar: “te amo...” queriendo decir otro nombre, pero vio a Janina.

Aún grogui, parte por el medicamento, parte por la luz y su armonía, sabe que su sonrisa hacia ella es un sol inasible/ quemándole los labios, sus brazos se mueven en caricia infinita impulsado por sus músculos con una tierna dureza hacia el cuerpo de Janina por resignación; sin embargo, como una estatua estremecida, él la recibe desnudo y tenso. Intentó contemplar sus ojos para entrar en ellos mientras que sus labios corrían como dos niños ansiosos persiguiéndose en una playa roja. El silencio que hubo luego de las palabras cortadas nutrió la luz en la sonrisa incómoda de Duval, ella se fundía en el aroma de su cabellera y le respondió:

—Eres sólo tú mismo. Solo tu persona.

La canción de Orfeo



Duval vio a Janina como aquel que poseía muchas tierras y no conocía los sentimientos de ella. Quiso aprenderse su rostro de memoria para no olvidarse, las finas cejas, los ojos grandes y redondos contemplando ardientemente una envidia sana. Miró a Janina y quiso tener de ella toda la alegría inaudita de su cuerpo, el gesto alado que cae en sus hombros, quería salar cómo era su piel, quería el mecanismo que alumbraba el fondo de sus pupilas en este momento.

Le pidió a Janina que le enseñara su risa, su silencio y su aliento también, la fragancia que no era nauseabunda sino cálida cual crepúsculo incendiado. Le pidió la completa desnudez, le pidió que dejara ser de ella ignorante y en él se regaba una tibieza. Confundida, Janina le preguntó por qué le pedía todo eso. Él la vio sin explicarle todos sus misterios. Duval quería que Janina fuera Lily, pero sabía que todo el amor no alcanzaría para cubrir con besos sus **tupidas cejas**. Todo el dolor no bastaría para llorar de hinojos esa ternura intacta **que dejó atrás**.

En la mirada de Duval ardía un fuego extraño que lo vestía por completo, en cualquiera de sus reflejos se confundía, en un laberinto negro imaginario, una criatura pequeña, tierna y áspera, llorando con los ojos de Duval. Janina pensó que eran por ella esas lágrimas. La criatura se escapaba con la felicidad de la sonrisa de Duval. Este pensaba cada vez que la criatura lo encontraba mirando a Janina como si fuera Lily: tu cuerpo ya no está. Este es mi cuerpo como un vacío de inasible tacto. Tu aliento matinal de boca fresca, de limpios dientes, de perfecto tiempo. **Ya no empañarás el espejo en que te nombro** muchacha de trival y uva y espino, de duro senos y de piel tan fina como el perfecto bosque de la lluvia, de lentos ojos grises, fugitivos, de una noche infinita.../ Dura amiga, **esta** oscura sustancia del olvido. Ya no estás. No te miro. No te toco. Y esto para todo es tu esencia para mí es nada más que mi silencio; nada más que el aroma de la Muerte. / Esta boca que te habla no es la mía. Este rostro que miro no es el tuyo. Ni tú ni yo. Posiblemente nadie. Y sin embargo frente el uno del otro en este mundo donde somos extraños, sobre sitios que nuestros cuerpos ya no reconocen. / No eres tú. No soy yo; pero me basto para indagar el nombre que te oculta. Y esa luz — Oh, esa luz — mágica, absorta, pura como el amanecer, como la muerte, que brillaba en el fondo de tus ojos **hace años por la** imposible ausencia. / Nadie habita estos cuerpos. Nadie dice las palabras que rozan nuestras bocas. Y sin embargo a medianoche **gritaré** este nombre que, sin ser cosa tuya, ni cosa mía, / hace crecer al Fuego que me habita, **que creí extinto y olvide quién eres tú, qué soy yo y que existimos solo porque de los metales hemos nacido** y el cobre, el hierro y el acero oprimen / a la más negra entraña del silencio. / Solo el saxo sabe el nombre de la dulce muerte que está a punto de suceder, Lily, te amo, Orfeo Lily. Era lo que quiso decir, pero vio a Janina.

Última balada de Orfeo



Luego de abrazar y envidiar a Janina por no ser Lily, le pidió una hoja y un lápiz, a pesar del dolor de la muñeca; quería escribir algo antes de que el doctor llegara y le cortara las alas con algún cuidado o medicamento.

Puede el hombre saltar sobre sí mismo

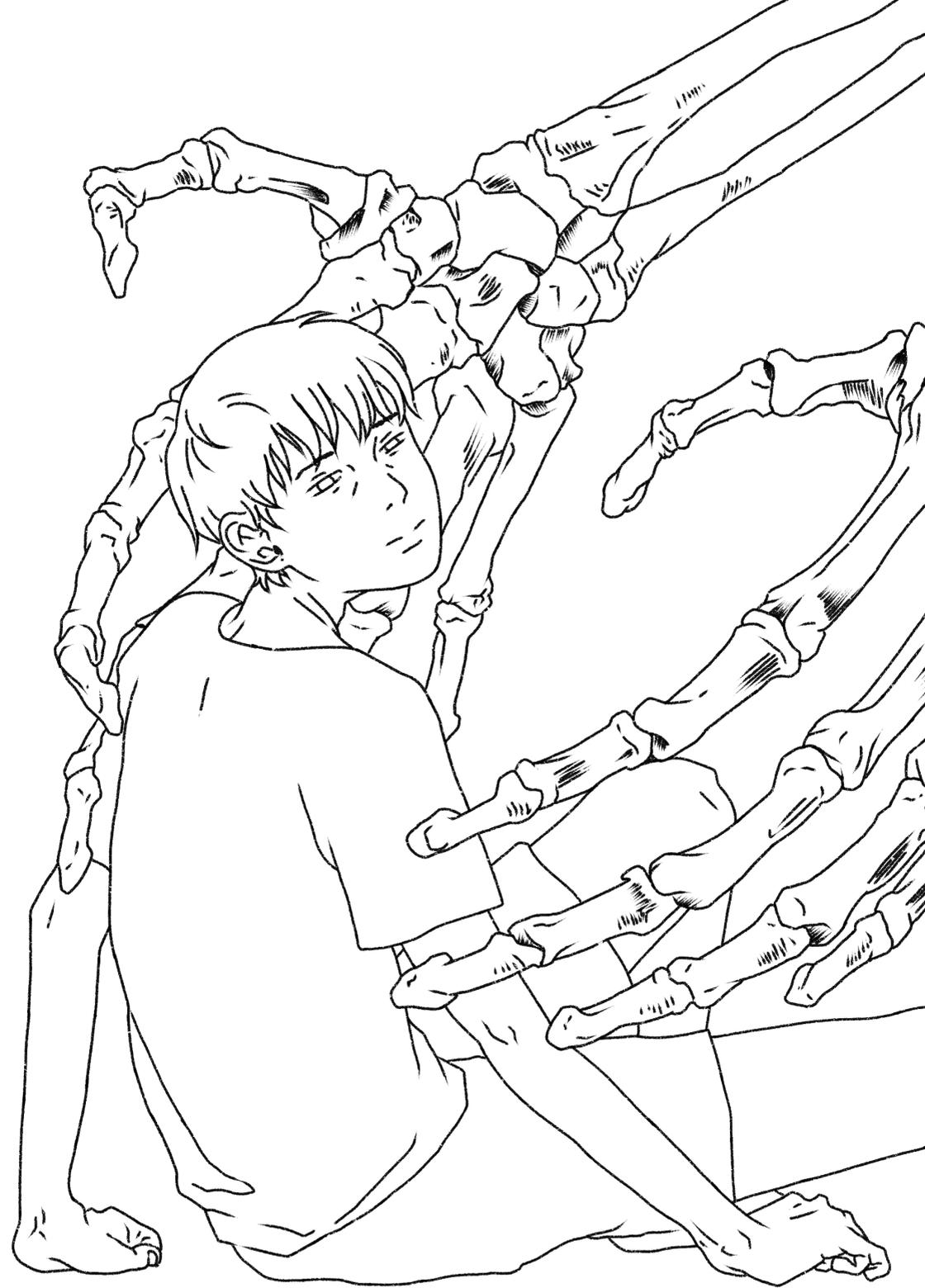
pero, infaliblemente, se vuelve al mismo sitio.

La verdad es que siempre uno está solo.

Janina lo leyó mientras el doctor entraba a la habitación, reconoció la letra de Duval siendo Orfeo; esas palabras eran de él. Janina apostó que esa no sería la última balada de Orfeo. A partir de ese momento ella haría todo lo posible para recuperarlo. No lo dejaría.

antologia

general



Los ángeles que huyen de Sodoma

Duval observaba a Janina conversar con el doctor mientras ella lo veía, doliente. Era de mañana, habían pasado la noche juntos, pero ella dormida en el mueble ubicado al lado de la cama tratando de sujetar la mano de su esposo; sin embargo, este se excusó con el dolor de las muñecas.

Había algo distinto en Janina, percibió Duval, no solo era la forma en cómo lo miraba, le hablaba, lo tocaba como si realmente quisiera que estuviera ahí. Pensó que, tal vez, el sentimiento de pérdida había hecho que Janina despertara de algún trance impuesto por ella misma. El doctor se acercó a Duval para preguntarle cómo se sentía, él le respondió que se sentía confundido, sin dejar de ver a Janina.

—Eso es normal —le dijo el doctor—. Perdiste mucha sangre — Janina intentó agarrar la muñeca de Duval al acercarse, pero este, una vez más, se excusó. Antes de salir del cuarto, el doctor le dijo que un psicólogo tendría que hablar con él, a lo que Janina, tras poner su mano en el hombro de Duval, dijo que su esposo no estaba loco, el doctor le dio la razón y le explicó que era parte del procedimiento, ya que no le darían de alta si no conocían los motivos del intento. Duval estuvo de acuerdo.

Cuando llegó la psicóloga, le pidió a Janina que abandonara el cuarto, quien al principio se negó, pero por petición de Duval accedió.

—Me llamo Alfonsina —se presentó la psicóloga. No es hermosa, pensó Duval, ¿quién en la rama de la psicología lo sería? Pero cuando hablaba mostraba una voz rotunda, desagrada con ingenuidad, dándole un tono dulce y sombrío. Tenía los senos flácidos y, algunas veces, su boca desolada se iluminaba con una risa tristemente ajena. —Veo que me estás analizando — dijo Alfonsina, al percatarse de que Duval la veía de pies a cabeza—. Si tuvieras que describirme, ¿qué es lo que dirías? —La doctora se sentó en uno de los sillones del cuarto a la espera de la respuesta.

—Mirándola de lejos, se diría que es un pequeño pájaro aterrado, una criatura de dolor, criatura aborta. Un árbol de soledad, roca inaudita, llama quemándose en su propio fuego.

La doctora le sonrió y anotó en su cuaderno la palabra “poeta”. —Veo que eres poeta, pero no de profesión.

Duval respondió que ser poeta no era profesión pero que era escritor. La doctora encerró en varios círculos la palabra. —También tienes respuestas para todo. Pero, ¿tienes las preguntas correctas?

Esa pregunta incomodó Duval, ya que el cuestionarse eso fue lo que empezó todo.

—Hazme la misma pregunta que te hice hace rato. Claro, si es que puedes.

Duval sintió que lo estaba poniendo a prueba cuestionando su fortaleza. Sin titubear, le preguntó: —Si tuvieras que describirme, ¿qué es lo que dirías?

La doctora Alfonsina escribió en su cuaderno: “inseguridad disfrazada de fortaleza”. Ella respondió: —Un hombre que vivió y

sufrió y amó como pudiera hacerlo cualquier hombre, pero este hombre no es uno de tantos, **este tiene en contra una niebla gris como sintiéndose juzgado o sintiéndose señalado por la mano de dios. Un Amor apenas comprendido lo siente como infamia, pero se dispone a sentirlo porque es un hombre grande que de entre sus cenizas se levanta.**



Duval quedó asombrado y luego se rio, la doctora hizo lo mismo.

—Puedo decirle que acertó en un 70%.

La doctora sonrió y le pidió que no le mintiera **p o r q u e** ella no lo había hecho. Duval sintió que Alfonsina sabía lo que él tenía dentro, preguntándose así si ella era igual.

Soneto con dos Ángeles

Duval comenzó a construir una verdad a través de la pregunta de la doctora Alfonsina: “¿por qué te intentaste matar?”. Duval estaba seguro de que una psicóloga certificada no haría tan directa la pregunta, pero ella había notado que su paciente estaba muy consciente de lo que había hecho y que el lugar donde se originaba el problema no se encontraba en el exterior, sino que simulaba un lugar dentro de su subconsciente. Alfonsina tenía que ser directa porque Duval encontraba cómo hacer conversación para evitar el tema principal.

“¿Por qué te intentaste matar?” Él vio directamente los ojos de la doctora, no sabía cómo confesarle aquello que no entendía. No podía decirle que de pronto recordó su vida antes de casarse, que por una conveniente razón para la trama de su historia había olvidado; no podía simplemente decirle que había sido golpeado, violado, abusado, manipulado y que, al primer atisbo de calma, en su caso Janina, había preferido ignorar todo eso. No podía ir por ahí contando la vida que recién recordaba.

Alfonsina acercó el asiento a la cama de Duval —Duval, estas marcas en tus manos no son algo que puedas ocultar para siempre. Son más de una marca, esto fue un intento desesperado de quitarte la vida. Me imagino que no querías ser salvado, como la mayoría de

las personas que lo intentan, pero tienes que reconocer que estás aquí y ahora tienes que reconocer que la persona que eras antes de esto —la doctora señaló las muñecas de Duval— no es la misma que está aquí acostada. Tienes que decirme algo para poder salir de este hospital. Si yo digo que no estás apto, no saldrás. Tómallo como una amenaza, si te sirve.

Duval le contó sobre la muerte de su hijo, de la culpa que sentía, pero que por alguna razón no le dolía lo suficiente. Alfonsina anotó en su cuaderno: “Hijo ¿detonante?” Le contó que no extrañaba a su hijo, pero que aún lo amaba. Le contó que su hermano murió joven y que la culpa lo había llevado a una serie de pensamientos que nunca quiso tener. Al preguntarle sobre esa serie de pensamientos, sacó de su bolsillo una caja de cigarrillos y se llevó uno a la boca. Duval la miró inquieto y ella le dijo que no lo iba encender. Le explicó que estaba dejando de fumar y que el tener el cigarrillo en la boca se había convertido en un hábito necesario. También lo hizo para que Duval sintiera que estaban en un espacio de confianza. Funcionó.

Le contó que había olvidado varias cosas de su pasado, cosas realmente importantes. La doctora le dijo que, en caso de traumas severos, las personas tendían a olvidar esa parte de su vida. Fue lo mismo que le dijo el doctor Barona tiempo atrás. La amnesia disociativa, el olvido causado por el trauma. Alfonsina le preguntó si él sentía que no recordaba algo en específico y él le contestó que el origen del problema fue que recordó todo, cada sensación como si la estuviese sintiendo en este momento. Alfonsina le explicó a Duval que la mente es como una caja de payaso, las que saltan. Le preguntó si él sabía qué cosa ocasionó que detonara y él le mintió. Ella lo notó. Alfonsina sabía que no le podía sacar toda la información a Duval en ese momento y, en el resultado de su consulta, puso: “no apto para dar de alta”.

Tras una semana donde Duval permaneció en el hospital intentó ponerse al día con los guiones el trabajo, pero tenía la certeza de

que, cuando volviera a su lugar de trabajo, otra persona estaría ocupando su puesto. Janina había retomado sus actividades como arquitecta y en las tardes, pasadas a las cinco, visitaba a Duval para contarle sobre su día. Él se limitaba a responder con monosílabos. Poco le importaba la vida de su esposa.

Cuando la doctora Alfonsina retomó la sesión anterior le preguntó por sus heridas, Duval le respondió que aún le causaba molestia al escribir. Alfonsina le preguntó por sus padres y Duval, con una calma sórdida, le respondió: —Mi padre nos abandonó, él murió hace ocho años en un accidente de auto. Mi madre era una incubadora de cáncer, murió antes de que yo me casara. Antes de morir, mi madre hizo que le prometiera una cosa —Duval se calló y miró por la ventana tratando de ignorar la mirada de la doctora y las anotaciones en su libreta. Al regresar la mirada la doctora también estaba viendo a la ventana—. Usted me promete que esto se quedará entre usted y yo —la doctora dejó de escribir y asintió con la cabeza—. Usted me promete que mi esposa no tiene derecho a esta conversación entre usted y yo —la doctora asintió con la cabeza—. Usted me promete que lo que yo le diga no se lo diré a nadie, aunque sea que le diga que yo maté a alguien.

La doctora le preguntó: —¿Lo harás? —Duval sonrió un poco y negó con la cabeza. Él continuó: —Mi madre me hizo prometerle que dejaría mi vida pasada. Que dejaría a Lily y seguiría mi vida —Alfonsina anotó en su cuaderno el nombre de Lily—. Pero no lo hice por completo hasta que conocí a mi esposa. —Ella le preguntó el motivo por el cual su madre lo había hecho prometer eso y Duval, a regañadientes, le respondió: — Porque se avergonzaba de mí —a Duval se le salió una lágrima, llevaba años sin reconocer eso y siempre justificaba las palabras de su madre con la excusa de un futuro mejor y de su enfermedad. Inhaló una gran bocanada de aire y dejó salir una sonrisa. —Mi madre me dijo que ella no iba estar, que se tenía que ir y que no quería que yo fuera su remordimiento aquí en la tierra. A pesar de ser muy católica y, para ser un

requisito de su religión, ella era poco tolerante. Para no decir que no lo era, en lo absoluto. Yo me convertí en algo que ella no entendía y no pude ayudarle a entender porque yo tampoco lo hacía. Aún ahora no lo entiendo porque no soy capaz de decirle en una sola palabra. No puedo hacerlo —Duval entrelazó los dedos y Alfonsina vio esto como un acto de inseguridad.



Aprovechando la racha de sinceridad le preguntó sobre Lily. Él la vio como si estuviera aceptando una derrota, con resignación en una sonrisa irónica. —Soy yo —le dijo—. Lily soy yo cuando no sé qué hacer conmigo mismo. De cierta manera, Lily es la que recibió todo lo malo de mí, todo lo que me pasó para dejarme vivir esta vida. Pero con la muerte de Mateo no pudo lidiar. Hubo un momento durante el velorio de mi hijo en que me perdí, no reconocía lo que estaba pasando porque en un momento estaba saliendo de mi dormitorio para ir a la playa con mi hijo y esposa. Luego, de inmediato, me encontré en otro momento donde mi hijo estaba pintado con un horrible color rosa en sus labios.

Alfonsina anotó en su libreta: “Episodios maniacos leves causados por supuesto trastorno de bipolaridad”.

Alfonsina le preguntó a Duval quién estaba hablando con ella en ese momento. Él no le entendió al principio la pregunta y la miró con extrañeza, pero antes de que la doctora le explicara, él le respondió: —Duval.

Durante la semana, luego de la segunda sesión, Duval sintió el cuerpo más liviano, como si se hubiera deshecho de varias capas.

Las interacciones con Janina eran más cortas; ella demostraba emoción, demostraba una extraña redención que Duval no entendía. Ella ignoraba que dos semanas atrás había intentado matarlo y se encontraba luchando con la culpa, con el amor que estaba retomando sin apología alguna. Tenía el presentimiento que la persona que la amaba se iba, y eso no le convenía. Mientras Janina se cuestionaba esto, Duval empezaba entender aspectos de su vida que lo hacían sentir bien. Descubrió que le gustaba ciertas cosas que sucedieron en los recuerdos que tuvo. Para la tercera sesión, la doctora Alfonsina llevó un bolígrafo y una libreta adicional para entregarle a Duval. Le preguntó sobre el dolor de la muñeca y él le respondió que era más tolerable con el tiempo. Alfonsina le sonrió y le pidió que escribiera cualquier cosa que se le ocurriera en ese momento; después de todo, ella ya había investigado que él era escritor y pensó en la probabilidad de que extrañara escribir. Él se mostró emocionado y escribió:

Dos ángeles se agobian de dolor
pudiendo amarse junto a esta ventana
como pájaros ebrios de añoranza
sin árboles, ni yerbas, ni fragancias.

Pero es tarde. La noche ya caminó
ese gris camino en que me muero.
Y donde asoma el sueño y la esperanza
dos ángeles se agobian de dolor.

Alfonsina leyó con asombro el corto poema que Duval escribió en menos de cinco minutos y dijo: —Estoy segura de que a mi pareja le gustará este poema.

Duval dedujo el significado detrás de la palabra “pareja” y entendió por qué se le hizo tan fácil hablar de esas cosas con la doctora. Ella era igual que él.

Esa fue la última sesión que tuvo con Alfonsina, luego de eso no se volvieron a ver.

teoría de
la fama



Oración de octubre

Igual que todos los hombres, Duval se reconocía como uno frente a su esposa, con una madre dura como piedra y un padre picapedrero. Como todos los hombres, Duval era ausente ante su mujer de carne dura, y firme como compañera impuesta. Janina se mostraba insistente ante los pedacitos de cariño que Duval demostraba, una mirada o una sonrisa eran suficientes para que ella se esperanzara y como barrena intentaba entrar en Duval. Se mostraba desnuda ante su esposo, lo tocaba, lo besaba, pero él era piedra estéril.

Igual que los hombres, Duval no reconocía su esposa y mientras ella sacaba a pasear a su esposo en sus momentos libres, él se distraía con la presencia de algún hombrecito que se perdía entre



la densa multitud. Duval pensaba que cada fulano llevaba algo de él, llenos de dios, de eternidad.

El 25 de octubre, Janina sacó a Duval de la casa para ir a una feria de libros de segunda mano, con el afán de estimular la escritura en Duval.

Pasó más de un mes desde que salió del hospital y no había escrito nada. Ella necesitaba relacionarse con Orfeo otra vez, lo que no sabía es que Duval nunca volvería a ser aquel, y si él tuviera que elegir ni siquiera se elegiría a sí mismo. En la feria de libros, mientras Janina leía un diario que no compraría, Duval auscultaba la hora en un reloj ajeno con gesto tímido de un rubio marinero que bebía cerveza en verdes botellitas chatas. Al toparse sus miradas ambos se descifraron y se ocultaron de la multitud en un zaguán entre las altas casas con balcones donde un gato lamía su rostro pulcramente ensalivado. Lo que sus miradas descubrieron luego fue un breve encuentro en una habitación amueblada donde un joven y un varón, desnudos, miraban sus cuerpos en un gran silencio. Ese minuto que se alejaron de todos tomó algo de él, de dios, de eternidad.

Cuando Janina se topó con la escena de dos hombres frente a frente, sin hacer nada más que mirarse y sonreír, comprendió la soledad como la agonía del loro que se muere en una jaula sin nunca haber volado. Desde siempre, ella se encerró en su verdad, en lo que ella creía que merecía. Podía compararse a un cuentagotas que dejaba caer una gota de aceite sobre el mar donde su hijo yace flotando sobre el líquido infinito sin hundirse jamás. Ella se alejó lentamente, dejando atrás una escena envidiable en la que las palabras sobraban, al igual que ella.



Únicamente podría entender su soledad el alacrán que se picó la cola con su propia ponzoña, y los dos ojos que jamás pueden verse el uno al otro. No sería esa su suerte y lo lamentaba; después de todo ella lo salvó de la muerte y

no lo mató cuando tuvo la oportunidad.

Más tarde en la casa, durante una discusión, Duval le gritaba a su esposa: —conóceme —y ella exigía a los cielos del olvido la gracia severa de no pedir, de no esperar ya nada. Ella le gritaba en respuesta que él estaba loco, le reclamó por dejarla sola e ignoraba lo que su esposo le decía. Entre zapateos y portazos, Janina fue cediendo ante la falsa idea de retomar su vida donde lo había dejado años atrás. Duval, por su parte, añoraba mirar un día la dulce luz de los momentos idos, **continuar a pesar de** la inquietud de las cosas no logradas, con la serena paz de quien no ansía sino tomar los dones sencillos de la vida.

Janina pensaba en la manera en cómo tener a Duval de vuelta. Le parecía muy vergonzoso ir donde su madre y darle la razón sobre el juicio y la apuesta a la que sometió a Janina. Milena, antes de entregarla en el altar le dijo: —Él no es hombre suficiente para ti. No durarán ni ocho años casados. —Ella no podía permitir que su matrimonio durará menos que el de su madre, y utilizaría cualquier método para que eso no sucediera.

Antes de quedarse dormido en el mueble de la casa que casi albergaba dos muertos de la misma familia, Duval pudo escribir, después de todo ese tiempo, una pequeña oración que Janina robaría la mañana siguiente antes de salir de la casa con un plan en su cabeza.

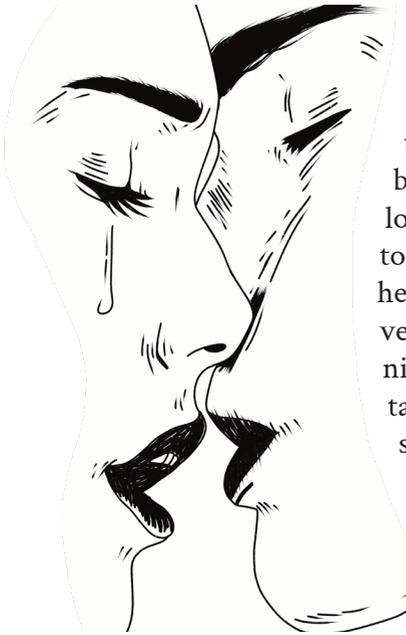
*Bendito sea el corazón del Hombre
que guarda solo memoria de lo grato.*

Infinita pena

Temprano en la mañana del 26 de octubre, Janina salió a la farmacia mientras Duval aún dormía. Impulsada por la idea que había tenido la noche anterior compró dos condones y al llegar a casa los agujereó con una aguja. Con Duval acostado ella lo empezó estimular a través del pijama que consistía en una camisa sin mangas y un calzoncillo holgado. Ella tenía la idea de masturbar a Duval mientras dormía, hacerlo terminar y meterse el semen con los dedos. En caso de que despertara, estimularía la parte trasera de él, lo cual hizo cuando Duval despertó. Después de que le reclamara por masturbarlo mientras dormía, ella empezó a sobar con el dedo entre las nalgas de Duval, este cedió ante el deseo prístino de su ano. Era esta una zona muy sensible para él, y a Janina no le incomodaba hacer uso de esa parte, pues nada se interpondría en su deseo. Si bien, su motivación no se justificaba, ella sentía que era lo que tenía que hacer, se convenció de que era lo correcto. No podía dejar que alguien cobarde como Duval se burlase de ella.



Duval empezó a fantasear con el cuerpo imaginado y desnudo del



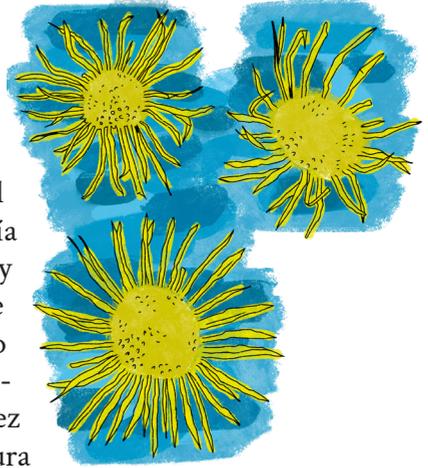
rubio marinero con el que se había encontrado el día anterior. Aquello lo excitó lo suficiente como para tener relaciones con Janina; sin embargo, esa vez no lo hicieron como lo hacían antes: con Janina sobre él tomando el control. Nunca lo habían hecho con la disposición de Duval. Esta vez, él tomó la iniciativa al poner a Janina bocabajo, besando su espalda hasta llegar a los glúteos, y ella se dejó a su merced.

No le pareció raro a Duval ver los condones sobre la mesa pequeña de la sala sino hasta tiempo después que Janina confesó sus intenciones. En ese momento, Duval solo contemplaba el deseo de su imaginación que estaba a punto de hacérselo al rubio marinero. Janina lloró mientras Duval lo hacía porque era consciente que su esposo no pensaba en ella; tuvo la certeza al sentir los besos, las caricias y la pasión, la fuerza de su ternura contra ella. Duval terminó dentro de Janina sin saber sobre los orificios del preservativo, ambos cayeron con el cuerpo estremecido sobre el mueble que era el catre rojo-indefinible de Duval, con toda la soledad del mundo consumiéndolos.

En el lugar donde estaba el espejo, Janina colgó un cuadro de una imitación de los amarillos de Van Gogh, los amarillos de imposibles tonos con brochazos que hirieron la tela original como estiletes, como puñaladas. Duval no sabía quién era el artista detrás de la pintura, pero la pena ajena era fácil de reconocer cuando se trataba de ignorar la propia. Él percibía la fuerza en el dolor, era tanta la armonía terrible que nutría la pena infinita en los amarillos de ternura y fuerza que quemaba su juventud, la

mirada limpia martirizada sobre algún caballete.

Duval no supo si fue por la ubicación o el tiempo exacto, pero tenía el alma doblada como un hilo delgado enrollándose en la sala abandonando el corazón. Ambos se dieron la espalda y se quedaron recostados todo el largo día sin horas, hasta que Duval dijo que se desharía del cuadro porque lo incomodó desde el día que regresó a casa. Le pareció horrible y desordenado, un desesperado intento de armonizar el interior de la casa. En todo caso, Duval se sintió estúpido por reflejarse en la copia de una pintura. Tal vez se sentiría mejor si hubiera sido la pintura original.



Janina se levantó con pena, pero su sentido del orgullo la hizo irse con la frente en alto. Si salía embarazada tendría a Duval por lo que le quedaba de vida; tenía la certeza de que él se haría cargo de la criatura, porque si no podía tenerlo con amor, lo tendría con obligación.

Duval se quedó en posición de letargo con el condón aún en su pene. No tenía la disposición de caminar los mismos pasos que su esposa, no quería mirar sus ojos tan hondos ni besar su pálido rostro. La culpa inquieta lo atormentaba, puesto que percibió el interés de Janina por intentar nuevamente establecer la relación, pero las lejanas horas de la dicha ajena, la dicha de no seguir siendo él y no mantenerse igual a todos los hombres con los pensamientos y sentimientos escondidos le permitieron asegurarse de quien que no quería ser. Después de las sesiones con Alfonsina, él decidió no seguir con la ignorancia; jamás lograría regresar a ese letargo al que llamaba vida. Duval fue quien llegó a ser por otras personas, por su madre, por las sombras que lo perseguían, por su esposa,

por su hijo, pero nunca por él. También temía empezar a valerse por sí mismo y no ser suficiente, quererle esa noche y olvidarse mañana. Pasada la tarde, pensó en escribir, pero solo se le ocurrió una frase que dedicaría a nadie:

“Sólo me resta darte mi eterna gratitud, sólo me resta darte esta infinita pena.”

Amor de cosas sin alma

Los días pasaron en calladas soledades. Janina ya no esperaba la atención de Duval y a él no le importaba. Ella salía a trabajar mientras él llamaba a su antiguo jefe y contactos para recuperar su empleo o encontrar algo parecido. Las festividades navideñas estaban a una semana; para ese tiempo, Janina se frecuentaba los fines de semana con un chico siete años menor que ella. Mantendría la apariencia de casada mientras su relación de un mes se ensamblaba con la confianza del silencio, como le resultó con Tatsuo años atrás. Ella tocaba su vientre con frecuencia tratando de percibir la presencia de algo que se estaba formando dentro de ella, porque sí le había resultado embarazarse de Duval, la fe que no depositó en dioses la depositó en su propia fertilidad.

Al ignorarse, ambos hicieron una pequeña vida de manera independiente, omitiendo que ambos sabían que se eran infieles; sin embargo, al llegar a la casa no decían nada. Tenían la certeza de que el uno le servía al otro, abriéndose la llaga de la soledad que se creaban sin medir sus acciones. De vez en cuando se veían y se repelían por sentirse en las manos del otro brevemente. Ninguno quería volver a ese momento; Janina quería tener otro hijo con él, tenerlo para ella y recrear su vida como la que tenía antes de que su hijo muriera, como si la culpa recayera en su hijo.

Duval empezó a salir al centro a mirar absorto día tras día el tránsito liviano de la muerte en las personas, y como excusa para reencontrarse con el marino rubio, pero aún no disponía de esa suerte. Para esperar al destino, Duval salía con una libreta y un bolígrafo a escribir fragmentos para una car-quiso redactar, pero como excusa para sarse. Intentó las cosas que le mas no feliz, so-negras y el petuoso, so-murmullo y besa can-tierra seca, el sismo fuerte.



poesía y ya no ta que nunca que utilizaba poder expresar hacían bien, bre las noches relámpago im-bre el suave el sol que dente, la fuego y el De pronto

se vio escribiendo sobre las cosas y personas desaparecidas de su vida, a quienes nunca nadie amó como él lo hubiera hecho. Al poema lo tituló “Amor de cosas sin alma”, pero tachó ese nombre para finalmente titularlo “La máquina de la muerte por todos los besos que extrañó”.

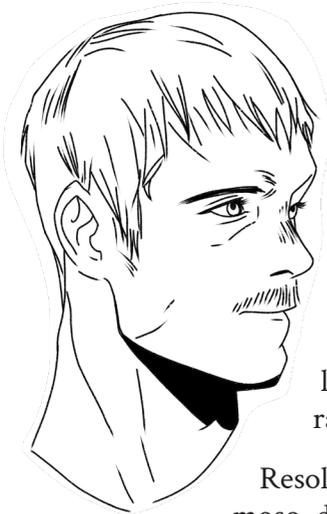
Entre las miradas de los hombres, Duval se perdía con vergüenza cuando le devolvían el gesto, al igual que cuando sucedió con el rubio marino; aquello había sucedido de manera natural, como si se conocieran de tiempo atrás. Fue el momento más íntimo que había tenido desde hacía mucho. Al llegar la noche, Duval aún estaba solo. Del otro lado de la multitud, escondida, Janina observaba a su esposo con tristeza y decepción, con el descaro como máscara por encontrarle la infidelidad que ambos buscaban.

poemas

fechados



Parábola del recuerdo



El 18 de diciembre, Duval se encontró con el rubio marino. Esa vez él dio su nombre completo y se presentó: —Me llamo Theo Conti. Puedes decirme Theo o Conti, como tú prefieras. —Duval pensó en decirle que prefería llamarlo rubio marino porque era lo que mantenía el recuerdo activo. Tiempo después el rubio marino le confesó a Duval que él también lo buscaba entre la multitud a ratos esperando encontrarse con él nuevamente.

Resolvió por decirle Theo, era un nombre hermoso después de todo. Hablaron toda la tarde hasta entrada la noche donde coordinaron verse al día siguiente a las dos de la tarde. Esa hora era perfecta para Duval; al no retomar sus actividades del trabajo, tenía los días libres y Janina trabajaba hasta las cinco y treinta de la tarde.

Duval le comentó a Theo que se le hacía familiar su rostro, le recordaba a alguien del pasado, a lo que él le respondió que tenía un rostro muy común.

—Es imposible que nos conozcamos de antes —le comentó Theo mientras caminaban bajo el cielo teñido de Jazmín—. Me fui a vivir a una isla muy lejos de aquí cuando era niño. Regresé hace dos años.

Duval notó un acento gracioso la primera vez que lo escuchó, pero desde ese momento no dejaría de notarlo cada vez que Theo hablaba. —Yo nunca he salido de aquí —le dijo Duval—. Tal vez es eso es lo que me falta.

Theo, con tono coqueto, le dijo: —O alguien de afuera tenía que venir.

Hablaron de sus edades; Duval era cuatro meses mayor que Theo, siendo Duval Cáncer y Theo, Sagitario. Eso lo supo porque Theo se lo comentó en forma de broma: él justificaba todo lo que sucedía a su alrededor con los signos. Luego hablaron de sus profesiones. Duval le comentó que trabajaba en una radio, pero que se encontraba buscando trabajo. Theo le comentó que era bailarín, pero que en el último año se había dedicado al modelaje de una línea de perfumes inspirada en marineros. Theo le sonrió a Duval al notar que entendió el porqué de la vestimenta del día que se vieron por primera vez.

—Espero no haberte decepcionado.

A Duval se le escapó decirle: — Nunca me decepcionarías —luego se dio cuenta de que lo había dicho en voz alta y se disculpó.

Theo lo tomó del brazo para llevarlo a un callejón sin tanta gente para darle un beso en la mejilla. —Nunca te disculpes por decir lo que piensas —al tomar las manos de Duval, notó que en sus muñecas tenía heridas cicatrizando. Duval apartó las manos y salió del callejón. Theo no le dijo nada al respecto por educación y puso su mano en su hombro.

—Ha sido todo un honor conocerte, pero los hombres lobo salen

a esta hora.

Duval entendió que Theo se había asustado por las cicatrices. —¿Te parece si nos vemos mañana a las dos de la tarde en la plaza? -Duval le dijo que sí, pensando que Theo lo había dicho por cortesía. Cuando se despidieron, Duval regresó la mirada varias veces para encontrarse con la suya, pero Theo no lo hizo.

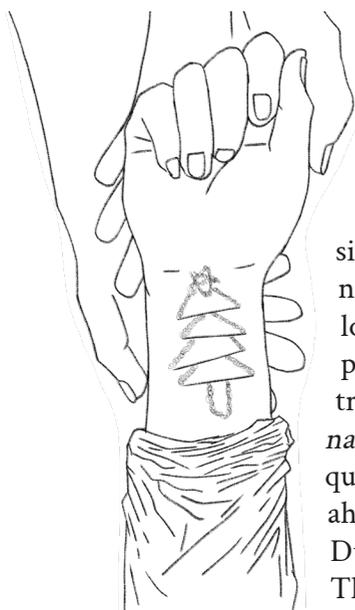
Cuando llegó a la casa, Janina aún no había llegado. La comida que le había preparado en la mañana no la había tocado. La dejó servida para que cuando llegara ella se la comiera, pero decidió botarla. Duval aprovechó la soledad en la casa para masturbarse pensando en Theo Conti, en la imagen que tenía de sus brazos rojos por el sol y en los vellos brillante, pensó en sus piernas peludas y en cómo tendría la entrepierna. Se vino en menos de cinco minutos y aprovechando el candor se sentó frente a su escritorio, aún con su semen sobre él y le escribió palabras de amor a Theo:

18/12

Hablemos
de las cosas que tú amabas,
de la languidez de mi alma,
de los cielos teñidos de jazmín
y de la caída dulce de tu alma.

Al día siguiente, Duval llegó diez minutos antes con el temor de que Theo no llegara; sin embargo, él también había llegado diez minutos antes por el mismo temor. Cuando se vieron, no evitaron sonreír y se acercaron para darse un abrazo como viejos amigos. Decidieron ir a una cafetería y hablar de cualquier cosa.

El abrazo que se dieron permitió a Duval oler el cuello de Theo, este era un olor dulce en combinación con lo salado del ambiente, el quedó embriagado y no dejó de percibir el aroma en todo el tiempo que estuvieron juntos ese día. Ya en la cafetería, Theo sacó un esfero y le pidió la mano derecha. Duval dudó en hacerlo, pero vio confianza en sus ojos. En esa ocasión, Duval había ido con un abrigo que le cubría las muñecas. Theo, con mucho cuidado,



remangó el abrigo hasta que las cuatro cicatrices se hicieran visibles; con el esfero, empezó a rayar la piel de Duval. Le dolió un poco, pero quería ver lo que este le dibujaría en la muñeca. Un árbol de Navidad irregular. Theo le dijo que no le tenía que contar sobre sus cicatrices si no quería, pero que no tenía que ocultar ni avergonzarse de ellas. Theo desabrochó los cuatro últimos botones de su camiseta para enseñarle una cicatriz producto del trasplante de riñón que le regaló a su *nonna* para que ella viviera más años. Le contó que, en agradecimiento, su *nonna* le dio sus ahorros para que Theo conociera el mundo. Duval le dijo que era una hermosa cicatriz; Theo le respondió que las de él también lo eran.

Theo le propuso verse el día siguiente más temprano para aprovechar más la luz del sol, a lo que Duval le respondió: —Porque a las cinco y treinta salen las brujas.

Theo agregó: —Y los hombres lobo también —ninguno de los dos sabía a qué se refería el otro, pero les causaba gracia. Días después se contarían sus secretos y su presente. Los días pasaron y Duval había escrito seis poemas, uno por cada día que se encontró con Theo antes de Navidad.

19/12

Hablemos
de tus manos transparentes,
del lenguaje cálido,
de la inquietud del silencio incommovible,
del árbol de Navidad.

20/12

Hablemos
de mi voz herida,
de la lágrima pura,
del nudo en tu garganta
de tu *nonna* y su nuevo riñón.

21/12

Hablemos
de estos días,
del tiempo, del olvido,
de la muerte,

de los rostros del pasado.

22/12

Hablemos

del tono del recuerdo,

de cómo se juntan nuestras viejas horas,

del quieto arroyuelo de memorias,

de la lágrima que me regalaste.

El 23 de diciembre, Duval y Theo lo hicieron por primera vez. Al principio, Duval le invadió el miedo por las cosas que le había contado a Theo; sin embargo, él había sido tan amable y gentil como nadie nunca lo fue. Duval olió por completo el cuerpo de Theo, sus pies, sus muslos, su pecho, su cuello y, sobre todo, su entrepierna. Todas sus partes tenían el mismo olor embriagador. Decidieron verse el día siguiente, pero Duval no llegó.

23/12

Hablemos

nombre bello, nombre solitario,

de las líneas ilusorias,

de estas letras sin vida,
del secreto de algún amor,
del cuerpo desconocido y
de labios no besados.

Hablemos

que encontré un día
sin nombre, sin conocer
de tus rasgos largos,
de tu palabra inmensa,
de algún amor en secreto.

Hablemos como en el callejón.

Esa noche, Janina encontró los poemas fechados y los robó, pues ya tenía preparado el regalo para Duval y se lo daría a primera hora del 24 de diciembre. Duval tendría que dejar al responsable de los poemas como ella tendría que dejar al chico que le satisfacía.

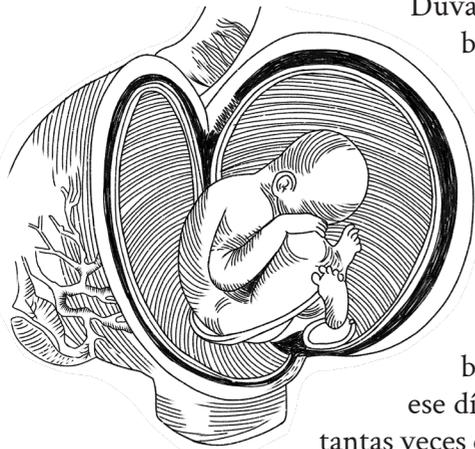
Balada de los niños ante mi soledad

Frente a Duval, Janina puso una caja con una rana desovada, ella se había realizado test de embarazo. Él no entendió el regalo y le preguntó a su esposa el significado. Ella le explicó que no había tenido su periodo y que el día anterior había ido a hacerse una prueba. Duval seguía sin entender y ella le habló sobre el método de la rana, que consistía en inyectar orina en la piel de la rana y, si esta desovaba, era prueba de qué estaba embarazada. De ese modo,

Duval se enteró de que su esposa esperaba otra criatura. Duval se levantó del mueble sorprendido pues no recordaba en qué momento pudo quedar embarazada, salvo esa única ocasión que lo hicieron dos meses atrás, pero él tenía presente haber utilizado preservativo.

Al ver que Duval dudaba de su embarazo tuvo que confesar lo que hizo ese día con la aguja. Él negó con la cabeza tantas veces que se mareó; Janina intentó sujetarlo, pero él se apartó bruscamente.

— Estás enferma —le gritó—. No puedes, no puedo, no podemos.



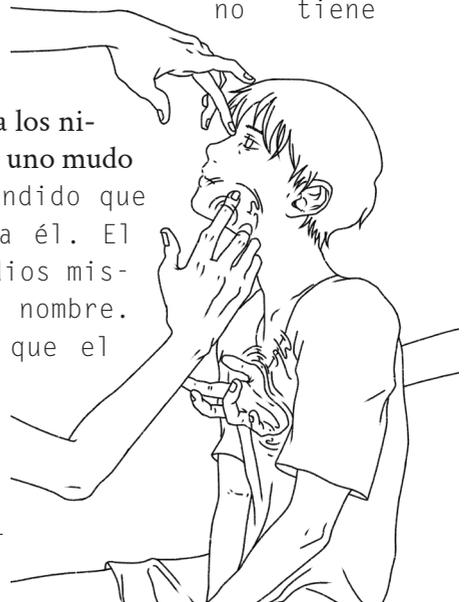
Duval miro con tristeza a Janina y con decepción le preguntó el motivo. Ella le dijo que lo amaba. Duval no sentía lo mismo desde hacía meses y sabía que ella tampoco, pero ninguno sería capaz de aceptarlo.

—Eso no es amor —le dijo.

—¿Qué vas a saber tú del amor? —le respondió ella— Tú siempre dijiste amarme, siempre estuviste para mí. ¿Por qué ahora es diferente? Tuvimos a nuestro Mateo y fuimos felices. Yo te dije que estaría siempre a tu lado. Este nuevo Mateo que crece dentro de mí nos va a unir nuevamente.

Duval no podía creer lo que estaba escuchando. Tuvo el impulso de golpearla, pero prefirió morderse los labios.

No hay un dolor más grande que el de este hombre. Este hombre que no tiene otro destino que huir **de todos, de sí mismo**. Este hombre no tiene más destino que huir/ porque no vive sombra detrás de sus pisadas; **escucha cantar a los niños y sabe que en su fondo mora un uno mudo y ciego**. Este hombre ha comprendido que el amor no es al menos para él. El que nació una noche en que dios mismo se había olvidado de su nombre. / No hay dolor más grande que el de este hombre solitario y angustiado, que tiene que tragarse sus palabras. / No hay dolor más grande sobre el Mundo que el dolor aplastante de este hombre, que



tiene que partir, ser fugitivo, del Hombre, del tiempo, de las cosas; porque en su tierra estéril nada nace, porque en sus manos lacias todo muere. / Sabe que no tiene otro destino que ser interno fugitivo de su sombra.

Duval dejó atrás a su esposa, abrió la puerta y vio que afuera todo era azul y rosa, era dulce. Sin girarse, le dijo: —No lo quiero. Tengo miedo. Has aplastado las mariposas con tus manos y llevas una mentira azul dentro. / No quiero más caminos ni más sueños, yo ya abrí esa puerta ya una vez y eso fue bastante.

Duval salió de su casa dejando la puerta abierta y Janina salió desesperada a decirle: —Pero este niño sí es tuyo.

Él se detuvo ante las palabras de su esposa. —¿Qué estás tratando de decir? —le preguntó a Janina, mientras ella jugaba con el collar en su cuello. Regresó al marco de puerta donde estaba ella y le volvió a preguntar con el tono de voz más alto. Janina le dijo que no tenía por qué darle explicaciones. Eso molestó a Duval, tanto que, cuando entraron a la casa, él empezó a tirar las cosas de la sala al suelo hasta llegar a la urna donde estaban las cenizas de Mateo, su hijo. —Este niño que está aquí, el niño que crié. ¿Me estás diciendo que no es mío?

Janina asintió.

—Estás loca —Duval apretó la urna y Janina le advirtió que la dejara—. Yo soy el padre de este niño —gritó Duval—. Nadie más que yo.

Janina le repitió que esa vez la criatura que crecía dentro de ella sí era hijo de él sin entender por qué Duval actuaba de ese modo. No entendía la confusión de Duval. Aquello no le importaba.

Duval gritó y tiró la urna del suelo y las cenizas de su hijo en

conjunto con las de cigarrillo se dispersaron por todas partes. Él continuó gritando hasta desgarrarse la garganta al ver las colillas de cigarrillo. —¿Qué has hecho?! —Duval agarró un pedazo de vidrio y se acercó amenazante a Janina, ella retrocedió asustada poniendo sus manos sobre su vientre, pero Duval se detuvo antes de hacer algo en contra de ella. Nunca se lo contó a nadie, pero en ese momento escucho la voz de Mateo pidiéndole que no lastimara a su hermano. Duval apretó el vidrio con su mano hasta sangrar y le pidió de manera calmada a Janina que se fuera de la casa. Ella dudó un par de segundos, pero cuando Duval gritó “lárgate” salió lo más rápido que pudo. Al cerrar la puerta de la casa, Duval se tiró al suelo sobre las cenizas de Mateo y las colillas de cigarrillo para pedirle disculpas.

Teoría de la llama

Duval pensó en él mientras las lágrimas se unían a las cenizas:



“Ya no soy más el hijo de mis padres ni padre de mi hijo. Ya no soy quién firmó como Duval sobre cartas, cheques, canciones, poemas. He muerto en mí para resucitarme incontables veces, un nuevo ser me viste y no es suficiente. Ya no puedo decir que soy un hombre ni que vivo en tal parte, ni que amo ni que soy. Ya no soy. Me transfiguro en una eterna llama que arde, crepita y ruge desde adentro. **Ya no soy yo, no es mi familia** ni es siquiera mi nombre. / Ahora puedo morir, puedo vivir también, sobre mi cuerpo pueden caer piedras, puede bajo mis plantas hundirse el suelo y no

caeré ni sufriré dolor. La llama me alimenta, me sostiene. / No busco las palabras hermosas ni quiero los sentimientos nobles **porque soy este** fuego letal, sagrado, inexplicable me nutre y me posee. Y ardo

nada más."

Luego de pedirle disculpas a su hijo por dejar de ser su padre, se levantó sin sacudirse las cenizas, subió al dormitorio para recoger algunas de sus cosas y pasar las festividades en el cuarto de un hotel. Eran apenas las doce del día y aún abrían habitaciones.

Duval salió de su casa siendo alguien nuevo porque había tocado fondo, pero el suicidio no era una opción. No sabía el motivo por el cual no se sentía con la voluntad suficiente para hacerlo; era como si algo dentro de él siempre supo que la vida que vivía no le pertenecía, que a pesar de todas las decepciones y de todo el dolor, algo lo invitaba a seguir. El dolor que le provocó saber la verdad no le cobraba la cordura, todo lo reprimió por la necesidad del bienestar. Después, no podía intentar suicidarse y fallar nuevamente, aunque la idea sí le vaciló en la cabeza, no lo iba a hacer porque dentro tenía la fuerza que sintió cuando con Alfonsina en las sesiones, con la diferencia de que, en esa ocasión, solo eran palabras a una desconocida amiga. Ese día las palabras fueron para él.

Dieron las doce de la noche y Duval podía escuchar afuera de su cuarto de hotel cómo celebraban las personas entre copas y choques de vasos llenos de cervezas. El barrio en el que estaba era uno popular, no había casas familiares sino habitaciones de arriendo semanal, donde personas sin hogar ni familia acostumbraban a vivir. Él prefirió quedarse en su cuarto comiendo papel para dejar de llorar.

Al día siguiente, Duval fue al punto de encuentro en la plaza donde se reunía con Theo. Tenía vergüenza por dejarlo plantado el día anterior. Una parte de él no quería que Theo se apareciera y, si no se presentaba, Duval reconocería que era lo justo, se lo merecía. Pero la otra parte de él deseaba que apareciera para pedirle disculpas, explicarle todo. Besarle.

De pronto, Duval sintió como alguien lo abrazó por la espalda.

—Me preocupé demasiado —Theo lo abrazó con más fuerza sin importarle las personas ebrias que estaban alrededor—. Ayer te esperé. No importa. Vine hoy con miedo de que no aparecieras. ¿Estás bien?

Duval se giró, lo abrazó de vuelta y se disculpó, en seguida le preguntó si podía acompañarlo a su cuarto y Theo aceptó. Ya en el cuarto Duval le contó todo, que estaba casado, que su esposa quedó embarazada y cómo lo hizo.

—¿Por qué no me contaste de tu esposa y tu hijo?

Duval confesó que tenía mucho miedo de contarle las cosas porque sentía que todo sucedía muy rápido, pero que le contó lo más doloroso. Theo estaba molesto, pero se quedó para intentar entender. Siguió preguntando cosas hasta que Duval le contó toda su vida. Al terminar, Theo no le reclamó nada más que por pasar solo el 24 de diciembre. Duval se sintió aliviado.

—Soy gay —le dijo a Theo.

Este se rio. —Eso ya lo sabía —dijo entre carcajadas—. También yo soy gay —Duval sonrió de vuelta—. Ahora, déjame darte un abrazo, te lo mereces por ser fuerte y valiente.

Cerca del oído de Duval, Theo le susurró: —Si me lo permites, quisiera cuidarte, y sé que apenas ha sido una semana y que has pasado por mucho, pero hay algo en ti que me dice aquí es.

Duval abrazó a Theo, no se lo dijo, pero él sintió lo mismo, y la idea de que solo había pasado una semana también le parecía descabellada, pero si no creía en el destino, ese era el indicio de que podría hacerlo.

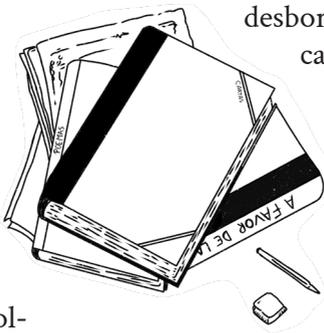
la corbata

amarilla



Evocación del amor que no hubimos

Junto a Theo, Duval fue a ver sus cosas restantes a la casa, sus escritos, su ropa, algunas fotos de Mateo. Janina estaba sentada frente a Teo observándolo con odio, él le sostenía la mirada mientras esperaba que Duval bajara con sus cosas. Arriba, Duval observaba el cuarto desbordando de pasiones deshonestas, las cartas a su madre que nunca fueron para ella sino para nos le temblaban igual que sus ojos de las que quisie- agarró toda su ropa y la guardó dado guardó sus escritos en un portafolio, guardó sus libros en una caja, intranquilo buscó las hojas sueltas donde había fragmentos de sus escritos, como el poema último que escribió en los días que vio a Theo. Bajó las escaleras y le preguntó a Janina sobre las hojas, pero ella lo ignoró hasta que Duval sacó todas las cosas que se iba a llevar. En ese momento Janina, lo detuvo del brazo y llevó la mano a su vientre.



—Este es tu hijo —le dijo. Duval apartó la mano bruscamente. Theo la miró con pena—. Este niño va a crecer sin padre —le

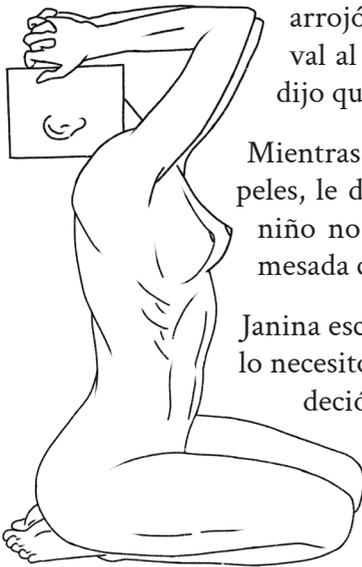
dijo—. Tú y yo sabemos lo que se siente.

Antes de que saliera de la casa, él le dijo: —Ya conseguirás a otro —y así lo hizo. Tiempo después le hizo creer al joven con el que salía que la criatura en su vientre era su hijo.

—No me puedes hacer esto. Te demandaré —le gritó Janina con tono soberbio.

Duval se regresó, y con el rostro bien pegado al de ella, le dijo: —Atrévete y vas a conocer quién soy realmente.

Ante la amenaza, el rostro de Janina cambió. Había odio en su mirada, pero era odio por sentirse perdedora en su propio juego. Apenas Theo encendió el motor del auto, Janina gritó que esperaran, tenía que darle algo. Al cabo de unos minutos, Janina salió con la caja donde tenía los poemas robados y los arrojó al suelo. Theo sujeto de la mano de Duval al verle la cara de enojo para calmarlo y le dijo que él se bajaría para recogerlos.



Mientras se ponía de cuclillas para recoger los papeles, le dijo a Janina, sin mirarla a la cara: — Al niño no le faltará el dinero. Le enviaremos una mesada cuando nazca.

Janina escupió al suelo. —No quiero su dinero. No lo necesito —Theo regresó el auto y Duval le agradeció. Se marcharon sin ver hacia atrás, quedándose Duval con la idea de justificarse por su matrimonio porque podía sentir la mirada desgarradora de Janina. Esa sería la última vez que la vería, supo que llevó a vivir al joven a su casa, no se divorció de Duval y estuvieron juntos.

Duval se repetía: “fue porque éramos leves y triviales, /

fue porque éramos sangre y sensaciones y pudo más la noche con sus vinos. Fue porque éramos jóvenes.”

—¿En qué piensas? —le preguntó Theo a Duval.

—En que nunca la quise realmente, ni ella a mí.

Duval miró a Theo con lágrimas en los ojos y una sonrisa incómoda. Theo había percibido que a Duval le costaba responder a sus sentimientos de manera correcta y en orden. Reconoció que Duval podía sentirse tranquilo y de inmediato estar fúrico, podía estar extremadamente triste y sonreír a la vez, como si todo el tiempo que retuvo sus emociones sirvió para quebrantarlo y su espíritu halló el perfecto silencio.

Theo se lo comentó una de las noches que pasaron juntos. —Eres muy fuerte —le dijo, poniendo su mano en el muslo de Duval. Este sonrió con una sonrisa incompleta. Él temía a la nueva vida que iba a vivir, era su primera vez en el mundo real, pero al final ¿qué alternativa tenía? Necesitaba encontrar un lugar seguro para él, dependía de él hallar la identificación más importante para su seguridad, y Theo lo ayudaría.

Duval se llenó de angustia cuando entendió lo que hizo. No había nada más que él quisiera más que complacerse. También entendió lo que pasaría si la gente en su círculo social se enterara de su nueva persona. Aquello lo aterró.

Narciso Agripado

Dentro de la soledad del cuarto en el que vivía Duval, él se preguntaba de quiénes eran esas voces que lo llamaban, aquellas voces que mordían las palabras de su nombre y comían a pedazos sus entrañas. Estando frente a su libreta de anotaciones, Duval sudaba con la idea de retomar el año desde el fallecimiento de Mateo. Hace exactamente un año Duval estaba perdiendo la vida de su hijo en las entrañas del mar, mismas entrañas que sentía estaban dentro de él, sin embargo en la escena del año pasado Duval observaba a su hijo flotar por los pies de Janina y en comparación con su imagen en ese momento llegó a sentirse igual de miserable. Le tomó un año entender el verdadero motivo por el cual tenía que llorar y se reprochó por no hacerlo adecuadamente por la crisis que pasó.

Cuando Theo llegó al dormitorio donde estaba Duval lo encontró sentado en la cama llorando, frente a él había una foto de Mateo y el cuaderno. Theo se arrodilló y lo abrazó por la espalda, besó su coronilla y al oído le dijo: -llora lo que tengas que llorar. -Duval le dijo que la última vez que interactuó con su hijo fue cuando tiró sus cenizas al suelo. Tras decir eso Duval rompió en llanto, Theo le propuso hacer un pequeño homenaje a Mateo para conmemorar el año. Duval aceptó hacerlo.

Mientras Theo preparaba algo para cenar Duval escribió:

¿Y este llanto?... ¿Y esta angustia?

¿Y este cadáver frío de polvo

son el resultado de esas voces macabras

que me nombran desde el fondo

más oscuro de las noches?

¿De quién son? - ¡Dios mío! - ¿De quién son?

Yo luego mi voz;

la más ronca y más callada

con su respectiva sonoridad de las cosas viejas.

¿Es este el tiempo abandonado?

No estoy contento de la vida

no estoy contento de mi carne

si alguien me dio su tiempo, no lo agradezco.

¿Qué hago con la angustia de siempre?

Y esta voz... y este canto,

que me brota como el sudor,

de esta carne fecunda en las pasiones.

¿Por qué el verso nació? No en mí,

nació en la sangre,

y estaba en las arterias
arrinconado y triste.



¿De qué sirve una tarde tranquila?

Para soñar inquieto

en tierras extrañas

donde florezca el alma.

¿Dónde no existe el odio?

En un mar tan tranquilo y tan azul

como nunca lo vieron

los ojos humanos.

Theo se puso detrás de Duval a leer lo que escribía -está lindo -le dijo. Duval se giró y le dijo que no se suponía que sea lindo sino triste, Theo se rio y le dijo que no lo había entendido, Duval le dijo que esa era la respuesta correcta. Él no le diría lo mismo que le dijo Janina años atrás porque con la poesía que escribía en ese momento si quería ser escuchado.

Al día siguiente Theo llevó a Duval a la playa pero no a la misma donde falleció Mateo, al principio la idea no le gradó a Duval pero ya estando en el lugar entendió la inmensidad del Mundo. Un sentimiento raro que venía de la mano de la presencia de Theo lo invadió. Duval lloró de felicidad y se metió al mar, no lo había hecho desde ese día. Detrás de él iba cuidándolo. Con el agua hasta el cuello Duval tomó las manos de Theo bajo el agua, lo miró de

frente y le dijo: -Me he pasado media vida arrepentido de las cosas que hice y que no hice. Todos los días/ miro caer la vida de mi cuerpo como una costra sin razón. He roto espejos y urnas para no ver mi oscura muerte sorda pero todo se iría eventualmente, esa pena, ese dolor en los recuerdos y los intentos que fracasamos. Si esto es amor, amor redondo del cuerpo, quiero que sea contigo -Theo apretó gentilmente las manos de Duval y por primera vez en los seis meses que llevaban saliendo le dijo que lo quería y que amaba pasar a su lado, Duval sintió que era verdad, él también lo quería aunque reconocía que lo amaba pero no se lo dijo en ese momento.

Después del viaje y antes de llegar al dormitorio de Duval Theo le dijo que le quería presentar a alguien; fueron a un bar cerca de lugar donde se encontraron la primera vez, en ese lugar los esperaba un señor bien vestido con un habano en su mano y con la otra sostenía la mano de una mujer que aún sentada se podía ver que era muy alta, era muy hermosa, con rasgos finos aparentando ser asiáticos, llevaba un vestido largo condecorado de flores, y el cabello tan largo y marrón, ella fue primera en levantarse al ver a Theo entrar por la puerta del bar, se acercó apresurada a abrazarlo y saludarlo con un beso en cada mejilla. Theo le levantó con el abrazo y Duval demostró celos mirando para otra parte -él es mi Duval -dijo Theo atrayéndolo con su brazo y Duval se sorprendió -así que este es el Duval del que tanto me has hablado -Duval se presentó a lo que la chica le dijo: -no tienes cara de Duval, pero que se yo, no tengo cara de Caroline. Duval le dijo que era un bonito nombre, ella le dijo mentiroso.

Theo llevó a Duval frente al señor para



presentarlo pero antes de él presentarse el señor lo interrumpió -soy fan de tu trabajo -le dijo. Soy Vicente Arteaga, Francisco es amigo mío y me habló de ti -Duval se extrañó, Vicente conocía su antiguo jefe -los guiones de los capítulos que tú escribiste son mis favoritos en la radio, no ha sido la misma sin ese programa

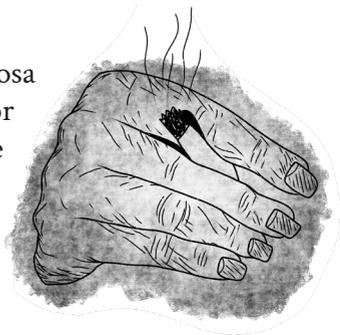


-Duval le agradeció por el cumplido pero aún no entendía cómo y por qué ese señor lo quería ver. Al ver la cara de confusión en el rostro de Duval Theo le explicó que Vicente era un editor y que Francisco, su antiguo jefe, se había topado con varias de sus escritos y se los mostró a Vicente, este le dijo a Duval que le interesaba publicar cualquier cosa que él escribiera.

Sacó de su bolsillo una hoja doblada uno de los guiones que escribió donde, en la parte de atrás con el puño y letra de Duval, estaba escrito uno de los pensamientos que tenía en su cabeza hace un año. Lamentablemente nos vamos acabando... Duval no termino de leer y negó con la cabeza -creo que tendré que declinar su propuesta -dijo Duval doblando nuevamente el papel hasta siete dobleces -tal vez fue un buen momento de inspiración o debilidad, pero no siempre es así -Theo puso la mano sobre su hombro y lo interrumpió -es realmente bueno. En casa tiene varios poemas y pensamientos muy buenos -le dijo a Vicente -eso no lo dudo. He podido apreciar como escribes, con palabras tan sencillas y nada rebuscadas dices las cosas de manera exacta con cierta poeticidad que lo hace característico, diferente -Duval negó nuevamente con la cabeza -no puedo. No quisiera decirle que sí cuando sé que no puedo -Caroline agarró el sombrero cloche que tenía en su regazo y lo puso en la cabeza de Duval -entonces no nos digas que no. Piénsalo mientras tomamos algo-

Theo era amigo de Carolina porque ambos modelaban, ella llevaba

casada con Vicente cinco años y cada cosa que Caroline deseaba la podía obtener por sus propios medios pero Vicente siempre estaba con ella para respaldarla -Theo nos ha hablado bastante de tu percepción de las cosas, casi podría decir que se ha enamorado de la vida por tus ojos -inhaló una gran calada del habano que



Vicente había puesto en su boca y continuó: -eso es lo que él nos dice -Vicente le dio la razón y le dijo a Duval que no debería ser tan modesto y confiar en las cosas que escribe porque estaría ofendiendo a Theo, a Francisco, a Caroline y a él porque confiaban en su talento. Pasaron la noche hablando de los escritos que podían publicar de Duval, los que ya se habían entregado a la radio y sobre los viajes que habían hecho por el modelaje Theo y Caroline, los lugares que han conocido en ese momento a Caroline se le salió el comentario de qué Theo se iba a ir a Austria a visitar a su nonna por un mes, Duval actuó como si no le sorprendiera la noticia pues no quería que pensarán que Theo se lo había ocultado aunque así fue. Cuando se despidieron Caroline abrazó a Duval y le dijo que pensara bien la propuesta y que no calle la voz que tiene. Vicente se despidió con un fuerte apretón de manos y le dijo: -Habemos quienes podemos ver el valor de las personas sin importar como sea, no me faltes al respeto y tampoco te lo faltes a ti. Pronto hablaremos de esas otras publicaciones.

Cuando llegaron el dormitorio Duval le preguntó a Theo sobre el viaje, este le dijo que primero quería hacer las cosas que hicieron, despedir de Mateo y darle la noticia de Vicente. Duval se molestó y lo acusó de querer suavizar esa noticia con esos dos actos. Theo se acercó, tomó sus manos y le dijo que sí quería suavizar la noticia y se disculpó, también le dijo que hace dos semanas había recibido una carta de su nonna diciéndole que se encontraba enferma y que esperaba que la visitara pronto. Duval no entendió, se molestó más al enterarse que llevaba dos semanas sin saber eso y que Caroline

La corbata amarilla

A la mañana siguiente Duval se despertó sólo, Theo había salido sin hacer ruido alguno. Miró a su alrededor aún confundido por la somnolencia sin encontrar a Theo y se imaginó el recorrido que Theo tuvo que hacer para salir de la habitación. No estaban sus zapatos ni su bolso, se había llevado su sombrero y Duval se percató que también faltaban ciertas cosas que Duval iba dejando en cuarto a medida que pasaban los días. En ese momento Duval se arrepintió de las cosas que pensó ayer y de lo que dijo, entró en pánico por el pensamiento de haberlo arruinado todo. De pronto se sintió minúsculo, la puerta en la pared, la pared en el cuarto, el cuarto en el hotel era más grande que él y la imagen cada vez incrementaba, Duval se levantó para lavarse el rostro y al sentir, por el vértigo, que se caía, se sentó en una silla dejando su cuerpo sobre la silla, la silla sobre el piso y el piso sobre el Mundo. Se cuestionó el por qué no le dio la razón a Theo, se cuestionó sus motivos sin dar a otra respuesta más que el miedo súbito a la soledad. Esa sensación sólo la tuvo el día que enterraron a su hermano cuando era pequeño.



Se preguntó dónde podría estar Theo negando la posibilidad de

que lo abandonara; buscó sin encontrarlo en los pequeños lugares de la casa y se preguntó ¿Cómo pudo irse? Como concibiendo la respuesta rosando el absurdísimo. Duval tuvo la sensación de huir pero no se dejó.

Tres horas después Theo entró al dormitorio y se encontró a Duval llorando sobre una silla, Duval, al verlo se abalanzó sobre él y se disculpó por su actitud del día anterior, Theo le explicó que no tenía que preocuparse, sabía que sólo necesitaba pensarlo por la



noche y que no había actuado de mala gana. Duval lo abrazó con mucha fuerza para disculparse nuevamente en el pecho de Theo, pudo sentir como los latidos del corazón de Theo se agitaron y aquello le dio la calma indescriptible que sintió.

-Te traje algo -le dijo Theo mostrándole una caja que tenía guardada en su maleta. Duval secó sus lágrimas con el dorso desnudo - ¿por qué me das un regalo?

-Theo no le respondió e insistió en que lo abriera, Duval lo hizo y sacó del fondo de la caja una corbata amarilla -es para que me tengas presente cuando no esté -le dijo Theo agarrando la corbata y enrollándola en el cuello de Duval, con un movimiento suave lo atrajo hacia él para darle un beso en la frente -cuídamela. Es un tesoro para mí, era de mi padre y cuando regrese prometo llevarte a una lujosa cena para que te vistas tan hermoso - Duval asintió con la cabeza y besó el mentón de Theo. Esa ocasión lo hicieron antes de salir a desayunar mientras Duval llevaba puesta la corbata amarilla. Una vez en la plaza Theo le pidió a un fotógrafo que les sacara una instantánea de ambos caminando. Aquella foto sería el segundo tesoro máspreciado de Duval.

Aprovecharon cada momento que tuvieron de los últimos días

antes que Theo se marchara a Austria. Desayunaban juntos, se enjabonaban y se acurrucaban en la bañera a pasar la mañana sin percibir como el tiempo pasaba y solo salían del cuarto si se su estómago les recordaba que tenían que comer o si Caroline los invitaba una taza de café por las noches. Una semana llena de pasión les permitió afianzar una extraña relación que se podía fracturarse por los miedos de Duval pero Theo sabía cómo silenciar esos pensamientos con solo guiñarle un ojo a Duval o dándole un beso en la frente. En su última noche juntos Theo le cantó a Duval la misma canción que un chico le cantó cuando tenía catorce años, *Tiempo belle* le dijo Theo que se llamaba.



Cuando el día llegó Theo se despidió de Duval en cinco oportunidades, cuando se despertaron, cuando lo hicieron, cuando se bañaron, cuando lo volvieron a hacer en el mueble del dormitorio y cuando realmente se marchaba. Luego de un beso indiscreto y largo Theo le dijo a Duval que lo amaba. Él le respondió que lo extrañaría. Theo se acercó al oído de Duval y le dijo: -en la mañana te veías hermoso mientras estabas desnudo con la corbata en el cuello. Espero con ansias volver a tenerte así -Duval se sonrojó y miró a su alrededor para asegurarse de que nadie los estuviera viendo, abrazó por el cuello a Theo y besó su mejilla. Duval empezó a experimentar la añoranza por primera vez, podía detenerse a pensar cada cosa que en su vida pudo extrañar pero ninguna tuvo el peso de ese momento.

Después del beso de despedida Theo le dijo que regresaría, le pidió que lo esperara para vivir una vida juntos. Duval le dijo que le escribiera cartas. Cuando Theo se marchó Duval se arrepintió de no responderle la propuesta.

Una semana después la primera carta llegó, en ella Theo le contó que su nonna se estaba recuperando de un catarro, aseguraba que le había contado sobre él y su poesía. Le contó que ella estaba feliz y que le gustaría conocerlo. Al final de la carta la palabra te extraño estaba remarcada varias veces. Duval le respondió con un poema:

Tropiezo. Caigo.

Me levanto solo.

Me sacudo las ma-
nos,

me retomo,

todo gracias a ti.

Siento que este hueso

aún puede servirse

y me pongo a vivir.

Para llegar subo

escaleras de días y semanas.

Pago mis deudas

rocío las rosas

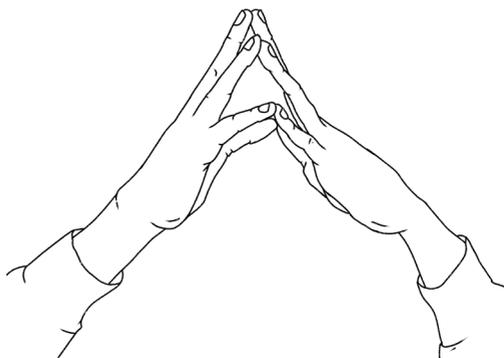
me devoró el Tiempo,

de mis bolsillos rotos

cae la magia

como una pulga íntima.

Miro el Mundo



con graves lentes nuevos.

Camino y siento los zapatos alas.

estornudo y me digo:

<<estoy cantando>>

tu nombre en tu corbata amarilla.

Guerrilleros

La soledad es como la agonía del loro que se muere en una jaula sin nunca haber volado junto a los otros loros. Sólo podría entender esa soledad el alacrán que se picó la cola con su propia ponzoña.

Duval llevaba un pequeño infierno en el bolsillo, la gente a su alrededor lo veía como si tuviera la apariencia de alguien que no tenía vida, no estaba precisamente muerto, pero se le acercaba. Nadie comprendería su amargor, nadie palpa su soledad ni palpa su ausencia y quien lo veía diría que es ya casi un muerto.

Un pequeño error corriendo de puntitas se comunicó con la vida de Duval y le dijo que las alas que quería para su libertad no le correspondían, él sería un pájaro que tiene sólo un ala que no podrá volar y lo intentará. A mediados de junio, antes del cumpleaños veintiocho de Duval, ese pequeño error corriendo de puntitas cavaría un hoyo muy negro donde Duval se metería con su sombra acuestas.

Siendo aún joven, era apenas un



pequeño pozo oscuro andante; tenía un coraje de siglos en la sangre. Era joven cuando cayó vencido, no llevaba sus botas de rudo guerrillero en esa ocasión donde hizo genuflexión todo por el pequeño error de estar en el lugar incorrecto, en la época incorrecta, en el país incorrecto, con las prohibiciones correctas bajo el mandato del canciller federal de Austria Dollfuss quien prohibió las actividades del partido nazi. En respuesta a la prohibición hubo un atentado con granadas que produjo sólo dos muertos y dieciocho heridos.

La postal que recibió Duval junto a una carta escrita totalmente en italiano le llegó por parte de la nonna de Theo, él no entendía el idioma, pero reconoció e interpretó tres palabras: "Theo é morto". Él recibió la carta semanas antes de que Austria cortara la comunicación con el resto de los países, en esta se detallaba el accidente donde Theo falleció.



Duval pagó para que le tradujeron la muerte de su amado.

El poema final

¿A dónde irá tu errante corazón de estrella? ¿Tu enamorada voz y tu sonrisa y tus palabras blancas y sencillas...? **¿A dónde irás** mientras cae lenta la tarde? ¿Para qué norte miran tus ojos? ¿Qué aliento manará tu boca? Yo quedo aquí callado y solitario **con una frase dulce que nunca te dije. Con estas palabras que no pertenecieron, no me pertenecen y no lo harán nunca.**

¿A dónde... a dónde irás que no te siento?

La libertad no me miró como un hijo sino como un extraño, y me arrancó una sola ala para que no perdiera la esperanza de volar. ¡Qué cruel! Podría, a partir de lo que queda de mí, levantar una copa en silencio, llena con vino yodado, o podría sentir los torrentes rubí salir de mí una vez más, pero siento dormidas las manos, las cicatrices agónicas, siento el desmayo de la pena como una perfecta danza; me llegaré transido en lo alto como una rosa ebria de todas las cenizas en su vida.

Me arrepiento de este último poema, muy largo en mi opinión, con partes que no se conectan, con incongruencias que el apuro del dolor hizo brotar. Me concentré en contar lo peor porque de eso se trató mi vida. Mis momentos más felices, los últimos, sucedieron tan rápido y son tan recientes que no los puedo recordar

con claridad. Perdón por ser incapaz de ser más descriptivo en estos últimos capítulos, te pido que entiendas que no es fácil escribir cuando te estás muriendo y cuentas tu vida como el posible motivo.

La vida me fue arrebatada varias veces hasta que decidí vivirla, qué egoísta de mi parte porque de pronto, como cortado o incompleto, descenderé de lo más alto.

Tú que me has dado una pausa solo con tu presencia y nos contamos nuestra vida con esa mirada. Yo te regalo un muerto. Cuídalo bien. Es tuyo. Solamente recuérdalo, donde tú naces yo termino, ya no viviré porque dejaste de pensarme.

Porque de pronto toda la vida se hace un punto, se hace un grito de perdón por pedirte que me perdones, por pedirte que me entiendas. Hice mi esfuerzo por contarle todo en este largo poema dividido en treinta y cinco poemas absurdos porque estas palabras no me pertenecen, y tengo la certeza de que alguien, en su propio futuro, hará mejor provecho de estas palabras que se pasan como enfermedad. Un prudente tal vez buscará un médico, el ocioso tal vez dejará las venas en su sitio. Yo volaré lo que dure mi vida. Ese tiempo dictará qué tan larga o corta fue mi felicidad en este Mundo dependiendo de lo que recuerde en ese momento.

Amor mío, perdóname... Lo sé, ahora puedo amarte, puedo decir que estoy en ti, que viví libre en ti porque así me viste. ¡Ah! Los demás, ya lo demás no importa. Esto será apenas un momento de silencio alrededor de gente que decía conocerme, pues quienes me amaban ya no están. La rueda seguirá andando, el molino no dejará de moler. ¿Lloran? No sé. Pero nadie lo hará como te lloré, de eso estoy seguro.

De pronto, es necesario irse, de pronto es necesario apreciar una instantánea de dos hombres que se amaban mucho, de pron-

to es necesario guardar la hermosa corbata amarilla en el bolsillo cerca de mi corazón, de pronto, es necesario ser no-ser, abrir una ventana. Acabarse sencillamente. Borrarse del paisaje, hacerse humo. Yo renuncio. Así que, cuando se pregunten: ¿Duval tuvo motivos para suicidarse? Aquí está la respuesta. Quienes se suicidan no buscan motivos para matarse, buscan motivos para no hacerlo y, como no los encuentran, hacen lo que tienen que hacer.

Duval

17/12/1934



